héroes del ESPACIO

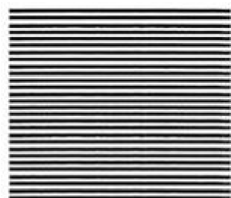
NOVELAS ECSA

AMOR DESDE LAS ESTRELLAS

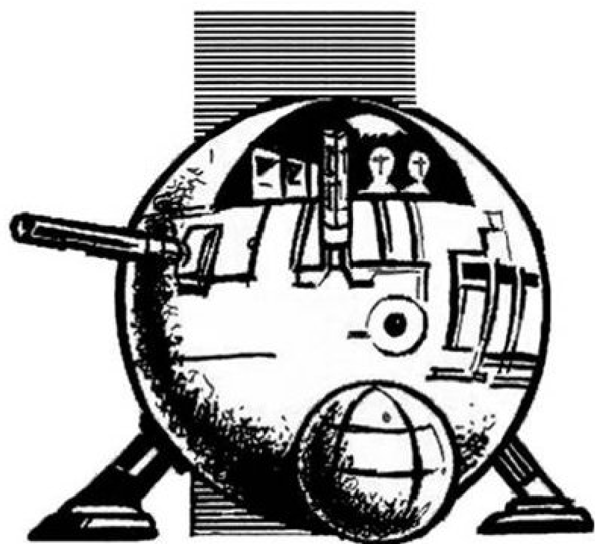
LOU CARRIGAN



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1.— *Investigación 4.000* — Clark Carrados
2.— *Un mundo muerto* — Burton Haré
3.— *Galaxia mortal* — Curtís Garland
4.— *Los cazadores* — Burton Haré
5.— *Sangre terrícola en el Planeta 4* — Ralph Barby

LOU CARRIGAN

AMOR DESDE LAS ESTRELLAS

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.°11
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)
ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. B. 18.070 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: junio, 1980
© Lou Carrigan e - 1980
Texto
© Norma - 1980
cubierta
Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 6
Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

Prólogo

Black Rock Desert, Nevada, USA. Verano 1980

Pareció talmente que del cielo se desprendiese una estrella.

Primero fue un punto luminoso más en el cielo, del tamaño de una estrella; es decir, del tamaño en que suelen verse a ¿imple vista las estrellas. Luego se fue agrandando, pero no demasiado. Para darse cuenta de que algo extraño sucedía había que estar muy cerca, sobre todo, estar atento.

Lo cual no sucedía en una de las dos tiendas *de* campaña montadas en aquella parte de las Montañas Rocosas. El campamento había sido instalado al pie de las montañas que todavía conservaban los últimos restos de nieve, justo recién cruzada la línea divisoria de los estados de California y Nevada. Los ocho jóvenes que formaban la acampada procedían de Alturas, California; pero habían decidido acampar en Nevada, y allá estaban. No les había costado demasiado alcanzar aquella cota con sus *jeeps*, pero, de todos modos, el esfuerzo había valido la pena.

En primer lugar, porque el paraje era extraordinario, sobre todo a la luz de las estrellas, cuya luz se reflejaba con gélidos destellos en la nieve. En segundo lugar, porque el sitio era inmejorablemente discreto para los propósitos del grupo excursionista, formado por cuatro chicos y cuatro chicas... Hacía frío afuera, pero eso había sido previsto: las dos estufas de gas, que debían haber sido repartidas una en cada tienda, habían sido colocadas en la de las chicas, donde se habían reunido todos para la orgía. Orgía total.

Los ocho estaban desnudos, y sus pieles se veían rojizas debido al resplandor de las placas de las estufas. No había ninguna otra luz dentro de la tienda, pero ni siquiera hacía falta. Valía todo, ése había sido el trato: Johnny podía fornicar con Mary la primera vez,

y con Jenny la segunda, mientras que Perry podía penetrar a Mary cuando quisiera mientras Willy poseía alegremente a Cinthia, cuyo novio, Elmer, se dedicaba a copular entusiásticamente con Jenny, la cual, a su vez, podía mientras tanto estar besándose con Jerry…

Valía todo.

En la tienda todo eran jadeos y orgasmos. Todos eran jóvenes y rebosantes de salud, tenían una resistencia admirable. Y unos grandes deseos de pasarlo bien, de «gozar hasta morir».

La primera en darse cuenta de que algo extraño sucedía fue Cinthia. En aquel momento estaba siendo penetrada por Elmer, lo que no era obstáculo para que estuviese dedicando sus caricias bucales a Johnny, el cual, a su vez, estaba besando los senos a Mary, que gozaba como una loca de la penetración de Willy… Cinthia acababa de tener un orgasmo sensacional, y estaba suspirando tomándose un descanso en su caricia a Johnny, cuando vio el azulado resplandor.

Durante dos o tres segundos no le hizo caso. No dio importancia al hecho de que, si hasta entonces no había llegado ninguna luz desde el exterior, ahora en cambio la fuerte lona de la tienda se transparentaba.

De pronto, preguntó:

—¿Qué es eso?

Nadie le hizo caso. Y menos que nadie, Jerry, que acababa de tomar el puesto dejado vacante por Elmer y, justo en aquel momento, la penetraba.

—¡Pasa algo ahí fuera! —gritó Cinthia, empujando a Jerry.

Este protestó, y se dispuso a reanudar su agradable tarea, pero también vio aquel resplandor. Era como si la tienda de campaña estuviese rodeada de luz azul. Quedó atónito un instante, y luego, de un salto, quedó arrodillado entre los muslos de Cinthia, lanzando una exclamación.

—Pero ¿qué demonios pasa? —masculló Johnny—.

;Sigue, Cinthia!

—;Hay algo extraño ahí fuera! —gritó Jerry.

Por fin, la atención de todos se orientó hacia aquel extraño resplandor. Se fueron sentando, o colocando de rodillas, todos mirando boquiabiertos la lona, de luminoso color azul. Desde luego, no eran las luces de un vehículo; ninguno las tenía de ese color.

Aparte, el hecho de que sabían que para llegar hasta allí, aunque fuese en un par de buenos *jeeps* como los de ellos, hacía falta tener narices y ganas de auténtica soledad...

—Vamos a echar un vistazo —dijo Jerry. Del gran lío que habían organizado con mantas y sacos de dormir, separaron las primeras, se envolvieron con ellas, y empezaron a salir de la tienda. A medida que iban saliendo, iban quedando boquiabiertos, estupefactos, contemplando la nave espacial suspendida a escasa distancia del suelo.

Tenía exactamente la forma de dos platos corrientes colocados con los bordes juntos. Y esa forma destacaba, precisamente por la luz azulada que desprendía, aquel resplandor suave que parecía como luz de estrellas. Cerca de la nave espacial, la nieve parecía ahora completamente azul, igual que los cuerpos de los muchachos a medida que iban saliendo de la tienda; es decir, sus rostros, pues todos salían envueltos en mantas. De la nave espacial, cuyo diámetro podía ser de unos veinticinco metros, llegaba un suave silbido intermitente de baja tonalidad: tui-tuí-tuí-tuí-tuí-tuí...

i adre mía —jadeó Elmer—. ¿Qué..., qué es eso? Tuí-tuí-tui-tuí-tuí-tuí...

Las chicas habían salido también de la tienda, dos de ellas metidas dentro de los sacos de dormir, dando cómicos saltitos. Jenny tenía problemas con sus grandes pechos, altos y turgentes, que se negaban a quedar dentro de la protección del saco de dormir, pero se olvidó en seguida de ese problema; como los demás, contemplaba boquiabierta la nave espacial, demasiado sorprendida para asustarse.

Nadie encontraba fuerzas para hablar. De la gran nave espacial continuaba llegando aquel silbido intermitente, suave. Estaba suspendida, simplemente. No había fuegos de suspensión, no había nada. Estaba suspendida, y eso era todo. Suspendida e inmóvil. Podía parecer una nave espacial de dibujos animados. Y no era que reflejase la luz de las estrellas, no; aquella luz azulada brotaba de la propia nave, como si fuese de cristal y dentro tuviese una fría luz azulada.

De pronto, de su base comenzaron a desprenderse objetos.

Objetos redondos. Esferas perfectas, de un metro de diámetro. Silenciosamente, fueron apareciendo bajo la nave desprendiéndose

de ésta; quedaban un instante flotando debajo, y luego se apartaban, para dejar sitio a las siguientes, que a su vez se- iban apartando para ceder lugar a las que las seguían.

Las esferas comenzaron a desparramarse alrededor de la nave espacial, que parecía un ave poniendo huevos sin cesar. El número iba aumentando tanto que de la nave apenas se veía ahora el resplandor azulado. Había ya cientos de pequeñas esferas en torno a la nave. Había tantas que el círculo se iban ensanchando, y las del borde exterior se iban acercando, siempre flotando suavemente, a la tienda ante la cual estaban los jóvenes excursionistas americanos, atónitos, incapaces de la menor reacción.

Ahora estaban viendo lo que contenían aquellas esferas, que parecían del más puro cristal, de una transparencia diáfana.

Dentro de cada esfera había un ser.

Un ser humano, a juzgar por su aspecto.

Había o un hombre o una mujer, completamente desnudos, como sentados siguiendo la curva interior de la esfera transparente. El efecto era desconcertante y maravilloso. Algunas de las esferas estaban ya tan cerca de los muchachos, que éstos pudieron incluso ver los rostros de aquellos seres Hermosos rostros que se volvían hacia ellos sonriendo tan dulcemente que se sintieron emocionados, se estremecieron de gozo.

Todo lo que se oía en el solitario paraje nevado era el zumbido de la nave, que seguía «poniendo huevos».

lamente, la nave era enorme, pero... ¿cómo era posible que hubiera podido transportar tal cantidad de esferas? Ahora había miles. Todas flotando suavemente, todas como del más puro cristal, cada una de ellas conteniendo un hermosísimo ser completamente desnudo.

Las chicas excursionistas miraban las esferas que contenían hombres. Hombres de tal belleza que sobrecogía, de tal hermosura que parecía imposible, de tal encanto en su sonrisa que los corazones latían jubilosamente. Las mujeres no eran menos bellas, con unos cuerpos y unos rostros ideales, de líneas magníficas de largos cabellos sueltos... Había hombres y mujeres de todas las razas: negros, blancos, asiáticos, polinesios, africanos de fina raza árabe... De todas las razas y colores. Y cada uno de aquellos hombres, cada una de aquellas mujeres, poseían una belleza

indescriptible, como su dulce sonrisa que henchía de júbilo el corazón.

Pero aún había más. Ahora ya no se oía el zumbido de la nave espacial, sino que de las esferas conteniendo hermosísimos seres brotaba una musiquilla sencillamente celestial. No podía ser descrita de otro modo: una musiquilla celestial. Algunas de las esferas se habían acercado a pocos pasos del grupo de jóvenes, y desde su interior, sus ocupantes los miraban directamente, siempre sonriendo dulcemente. Era como el más extraordinario, disparatado sueño del más fantástico durmiente.

Era lo más maravilloso que había sucedido en sus todavía cortas vidas a aquellos muchachos que habían ido a las montañas nevadas a hacer el amor.

Y de pronto, dejaron de ver a los bellísimos hombres y a las bellísimas mujeres que había dentro de las esferas, porque éstas se tornaron negras, opacas. Ya sólo eran grandes bolas negras. Ya no se oía la musiquilla celestial, sino de nuevo el tuí-tuí-tuí-tuí-tuí-tuí de la gigantesca nave espacial.

Y también de pronto, las esferas comenzaron a desplazarse a creciente velocidad, alejándose de la nave en todas direcciones. Absolutamente en todas direcciones siguiendo el contorno del planeta Tierra. Primero a velocidad moderada, que aumentaba rápidamente y, en seguida, a velocidad tal que en un segundo desaparecían en la negrura de la noche. Se desplazaban un poco, parecían tomar posición de salida, y acto seguido, como asegurada ya vía libre en el espacio, salían disparadas a velocidad desconocida.

Así, en cuestión de segundos, las esferas conteniendo bellísimos seres desaparecieron, y la, nave espacial quedó como al principio: solitaria, suspendida, inmóvil, emitiendo aquella luz azulada y aquel silbido intermitente.

Súbitamente pareció que se abrían dos ojos rojos en la parte orientada hacia los muchachos. De los ojos rojos partió un haz de luz de aquel color, directos hacia los *jeeps*, que desaparecieron dejando apenas una bolita de blanco humo.

Luego desapareció la tienda montada pero vacía.

Finalmente, los dos haces de luz roja fueron hacia la tienda frente a la cual estaban los muchachos. La luz roja los envolvió, y al

instante, los ocho alegres muchachos desaparecieron, como la tienda; de ellos sólo quedó una bolita de humo blanco que se esfumó en seguida hacia el estrellado cielo.

Los ojos rojos de la nave se apagaron.

Luego, en un segundo, regresó hacia las estrellas.

CAPITULO PRIMERO

Bruno Ros si se sentía el más desdichado de los hombres.

¿Cómo había podido hacerle aquello Nina? Se había prepuesto olvidarla, olvidarlo todo, pero le resultaba imposible. De ninguna manera podía pensar en otra cosa, hasta el punto de que había decidido dejar su

rajo por unos días y acudir en busca de consejo y consuelo a su amigo y maestro, el premio Nobel de Química profesor Giulio de Santi.

Pero, realmente, no tenía grandes esperanzas de que el amado y admirado maestro le proporcionase consuelo. Y tampoco una explicación a lo que había hecho Nina...

Se habían casado en primavera, inflamados de amor, y por cierto que se lo habían estado demostrando el uno al otro con gran intensidad. Semanas de amor y dicha que parecía que nunca fuese a tener fin. Estaban unidos no sólo por el amor, sino por el trabajo, en el que dependían del profesor De Santi, al cual ayudaban en sus investigaciones de ultra genética. Todo iba perfectamente, todo era maravilloso.

Y de pronto, Nina había empezado a perder interés por el trabajo, y a quedarse en el apartamento que habían alquilado en Milán a la espera de decidirse respecto al lugar donde instalarían definitivamente su hogar. Bruno había colmado de atenciones a Nina, suponiendo primero que estaba enferma, luego que simplemente podía estar embarazada... Pero no era nada de eso. Era otra cosa.

Por fin, una tarde, al regresar a su apartamento más pronto que de costumbre, preocupado por su esposa, Bruno la había encontrado en la cama con otro hombre. Los dos desnudos. Y naturalmente,

fornicando a toda presión... A Bruno le parecía ver todavía el blanco cuerpo de su bella esposa presionado bajo el musculoso hombre que la estaba penetrando gozosamente. Nada más abrir la puerta del apartamento ya había oído los gemidos de Nina, y al instante se sobresaltó, pensando que se encontraba muy, muy mal. Pero en seguida identificó aquella clase de gemidos, y entonces quedó clavado al suelo, aturdido, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

Cuando reaccionó y se fue acercando al dormitorio, se decía que no podía ser, pero los gemidos de Nina eran... casi salvajes. Con él también había gemidos, pero nunca con aquella intensidad, con aquel gozo enloquecido.

Cuando los vio, ella se abrazaba al hombre con desespero, clavando sus uñas en la espalda masculina, agitándose, casi llorando de placer, en pleno orgasmo.' Clavado ahora en la puerta del dormitorio, Bruno Rossi se había quedado mirando alucinado la escena. Nina se había vaciado en un increíble orgasmo, y en seguida había emprendido la búsqueda del siguiente, sollozando de gusto... Sí, como enloquecida.

¡Y eso cuando apenas hacía dos meses que se habían casado, tan enamorados que hasta sus amigos y colegas se habían burlado amablemente de ellos, haciendo bromas picantes que todos habían reído!

Bruno Rossi se estremeció, al volante de su coche. Sacudió la cabeza, como queriendo desalojar de ella los pensamientos, los recuerdos; pero que parecían provenir de un pasado lejanísimo.

El indicador avisaba de la proximidad de Bellano, junto al lago Como, al norte de Milán. Había hecho el trayecto casi sin darse cuenta, como por rutina. Se sabía más que de memoria el camino hasta el aislado chalé de Giulio de Santi, junto a la pequeña localidad de Taceno, montaña arriba. Ni siquiera necesitaba mirar los indicadores.

Emprendió la subida hacia Taceno, apenas a tres kilómetros de Bellano. A los pocos minutos, ya pudo ver por el retrovisor las grises aguas del Como tras él. Estaba anocheciendo, todo parecía ennegrecerse... En las aguas del lago Como, y navegando en el yate del profesor De Santi, él y Nina habían hecho por primera vez el amor, antes de casarse, por supuesto. Había sido maravilloso, los dos se habían convencido de que era absurdo permanecer separados

ni siquiera unos minutos al día. Se amaban, se entendían perfectamente en lo sexual, gozaban satisfactoriamente... ¡Oh, cómo se amaban...! Y ahora, Nina debía estar recibiendo en su sexo a aquel desconocido.

Bruno casi vomitó al pensar en esto, al pensar en el blanco, tibio y turgente cuerpo de su esposa bajo el de aquel hombre, gritando como enloquecida, abrazándose a él, clavándole las uñas, iniciando otro orgasmo cuando apenas había terminado el anterior...

Se encontró de pronto ante el solitario chalé de Giulio de Santi. Tragó saliva, parpadeó, agitó de nuevo la cabeza. Suspiró hondamente, y apagó el motor del coche. Bien, ya estaba allí. Llegaba a una hora en que ni siquiera molestaría a su maestro. Con seguridad, el viejo, ponderado, amable y siempre sereno profesor estaría ya escuchando música, después de todo un duro día de trabajo investigador. Sí, era el momento adecuado y la persona adecuada para escuchar las tribulaciones de un hombre joven, enamorado y herido del modo más era el por la persona que más amaba en el mundo.

Cerró el coche, y miró hacia el tejado del chalé. Sonrió al ver el humo que salía por la chimenea. Se imaginó a su maestro sentado frente al fuego, fumando su pipa y escuchando apaciblemente a Beethoven. O quizá a Mozart. Bueno, dependía de su estado de ánimo...

Llamó a la puerta, y sonrió cuando a los pocos segundos se encendió la luz dentro del chalé, hasta entonces a oscuras. Bueno, no hacía falta luz para escuchar a Mozart sentado ante un buen fuego. Incluso él, a sus treinta y dos años, iba a agradecer el calor del fuego en aquella noche estival, pero que se presentía fría allá arriba, en la montaña. Tanto más lo agradecería el viejo Giulio, naturalmente.

La puerta del pequeño chalé se abrió apenas medio palmo. Por la abertura, Bruno vio parte, del rostro de Giulio de Santi, sus blancos cabellos, uno de sus oscuros ojos siempre tan rebosantes de energía, de inteligencia.

—Buenas tardes, profesor —sonrió apagadamente Bruno—. Soy yo. Bruno.

—¿Qué quieres?

Bruno casi respingó, superado el desconcierto por el sobresalto.

No acertó a pronunciar una sola palabra, no se le ocurría nada.

—¿Qué quieres? —insistió De Santi, sin terminar de abrir la puerta.

—Bueno...

—¿Algo va mal en el laboratorio de Milán? Te dejé al frente de él convencido de que podrías dirigirlo, Bruno.

—Así es, desde luego. No...; no hay problema alguno en el laboratorio, profesor, esté tranquilo.

—Muy bien. ¿Qué quieres, entonces?

—Pues... Bueno, sólo quería... hacerle una visita...

—Estoy ocupado.

El desconcierto de Bruno aumentó. ¿Ocupado? Estaba oyendo música de Beethoven, en efecto, dentro del chalé, y el profesor estaba en bata, prenda que solía ponerse cuando daba por finalizada la jornada y se relajaba. Pero además... ¿ocupado para él? ¿Para su ayudante y amigo, para su brillantísimo segundo en el laboratorio, para su principalísimo colaborador al que tantas veces había distinguido con sus elogios, su amistad e incluso su cariño, que todos conocían? ¿Ocupado para Bruno Rossi?

—¿Se... encuentra usted bien, profesor? —murmuró Bruno.

—Estoy perfectamente. Y muy ocupado. Vuelve a Milán; ya nos veremos allí.

Bruno ya ni siquiera estaba desconcertado. No sabía qué pensar ni qué hacer. Pero, realmente, sólo podía hacer una cosa.

—Muy bien... Sí, nos veremos en Milán. Adiós, profesor.

—Espera un momento —dijo De Santi; su rostro desapareció del hueco de la puerta, y Bruno oyó su voz—: ¿Qué dices, querida?

Bruno Rossi quedó absolutamente pasmado. ¿Querida? Pero ¿qué estaba diciendo aquel hombre? ¿Con quién estaba hablando?

No oyó nada. El rostro de Giulio de Santi apareció de nuevo, el ceño fruncido, pero el gesto un poco más amable. Gesto que se convirtió en sonrisa cuando por fio abrió completamente la puerta, diciendo:

—Está bien. Pasa, Bruno, muchacho.

—Gracias.

Bruno Rossi entró en el chalé, que conocía muy bien. Constaba de un pequeño recibidor, un pasillo que separaba la sala de estar de dos dormitorios, la primera a la izquierda, los segundos a la

derecha, y en cuyo fondo estaba la cocina y el cuarto de baño. Pero, realmente, el profesor dormía en la sala de estar, en un catre, ya que los dos dormitorios habían sido convertidos en una sola pieza habilitada como laboratorio. Por supuesto que Giulio de Santi podía comprar un chalé mucho más grande, pero él siempre decía que no necesitaba más, y que aquel lugar bien valía la pena de no disponer de más espacio. Eso aparte de que allí, más que nada estudiaba, ya que los experimentos importantes los realizaba en el formidable laboratorio de Milán...

No había más luz en el chalé que la del recibidor. Pero en el hueco de la puerta de la sala de estar se veía el resplandor del fuego de la chimenea.

—Pasa, pasa —sonreía ahora ampliamente De Santi.

—Bueno... No sé. Tengo la..., la impresión de que no he sido precisamente oportuno, profesor.

—No demasiado —rió el genial anciano—; pero de todos modos tarde o temprano te lo habría tenido que decir. Ven a la sala.

Un tanto indeciso, Bruno siguió a su maestro y amigo. Este encendió la luz de la sala de estar, y el resplandor del fuego palideció, casi dejó de verse.

En cambio, permitió que Bruno viese en seguida y perfectamente a la mujer que, frente al fuego, se ponía en pie sobre una piel de tigre, completamente desnuda, alargando un brazo hacia una prenda de vestir caída cerca de la piel.

Bruno Rossi se quedó sin aliento al ver a aquella mujer. Era casi tan alta como él, es decir, cercana al metro ochenta, y su cuerpo era de una perfección, de una belleza, sobrecogedora. Sus cabellos y el vello de su sexo parecían de oro. Los ojos eran azules como el mismísimo cielo. Su boca era preciosa, y se estiraba ahora en una dulcísima sonrisa. Sus pechos, su vientre, sus muslos, eran magníficos.

—Eres extraordinario, querido —dijo la muchacha, mirando con inigualable dulzura a De Santi—. ¿Cómo se te ha ocurrido despedir a tu famoso y querido Bruno? ¡Es increíble! —miró de nuevo a Bruno—. Me ha hablado mucho de usted, cualquiera comprendería cuánto lo estima profesional y personalmente... ¡y casi lo echa de aquí!

Bruno Rossi seguía mirando el desnudo cuerpo espléndido de la

mujer. De pronto, ésta rió de aquel modo tan dulce, y se puso la vaporosa prenda, ocultando su carne, pero no la forma bellísima de su cuerpo. Bruno se pasó la lengua por los labios, y miró a De Santi.

—Ella es Gretel —sonrió De Santi.

Bruno asintió con la cabeza, como si por fin comprendiera, aunque no comprendía nada de nada. Se acercó a la muchacha, y le tendió la mano.

—¿Cómo está, señorita? —murmuró.

Ella se echó a reír, apretando cálidamente su mano.

—;Estoy muy bien, gracias! —exclamó—. ¡De modo que por fin conozco el famoso Bruno Rossi!

Retiró su mano de la de él, y Bruno se sintió súbitamente desconsolado.

—¿Famoso? ¿Yo? —consiguió sonreír—. Indudablemente usted se confunde.

—Claro que no! ¿Verdad, Giulio? —miró de nuevo con gesto de adoración al anciano, para nuevo pasmo de Bruno—. ¿Verdad que tú mismo me has dicho varias teces que Bruno será tu sucesor, y que antes de diez años conseguirá también el premio Nobel?

—No has debido decírselo —reprendió tiernamente De Santi—. Eso puede envanecerlo. Y la vanidad y la ciencia no pueden tener nada en común. Bueno, Bruno, ¿qué tal? ¿Quieres tomar algo? ¿Cómo van las cosas por Milán?

—Por el laboratorio van muy bien.

—Espléndido... ¿Qué has querido decir? ¿Acaso van mal por algún otro lado?

—No seas tan incisivo, mi amor —reprendió Gretel a Giulio de Santi, no menos tiernamente que antes él a ella—. ¿Quieres un coñac, Bruno?

—Pues... Sí. Sí, gracias.

Gretel caminó hacia el pequeño mueble bar. A cada paso sus senos oscilaron con una cadencia jamás vista por Bruno. Cada paso de Gretel era... un gesto de belleza sin igual. Bruno consiguió apartar la mirada de la muchacha, para mirar de nuevo a De Santi, que sonrió una vez más y dijo:

—Nos vamos a casar.

—¿Quiénes? —preguntó tontamente Bruno.

—Giulio y yo, naturalmente! —contestó riendo Gretel por De

Santi—. Y no te apures demasiado por delirar sorpresa: la comprendemos perfectamente. ¿Verdad, mi amor?

—Claro —rió el anciano profesor, delgado, consumido, cercano a los setenta y cinco años—. ¡Claro que la comprendemos! ¿No es maravilloso, Bruno? ¡A mi edad...! Pero bueno, estoy seguro de que precisamente tú puedes comprender muy bien que una persona pueda enamorarse, ¿no es así?

—Sí... Por supuesto, sí. Bueno, yo... les felicito a ambos, naturalmente.

—Tu coñac —se acercó Gretel ofreciéndole la copa.

Giulio de Santi se abrazó a la cintura de la muchacha. Bruno pensó que era patético aquello. Gretel era no menos de quince centímetros más alta que De Santi, no debía tener más de veinticinco años, y su belleza era esplendorosa. Era absurdo todo aquello... ¿Quizá se trataba de una broma? Dirigió una veloz mirada a la piel de tigre sobre la cual había estado Gretel. ¿También el profesor había estado allí? ¿Con ella, haciendo el amor? ¡Oh, vamos...! Bueno, bien estaba que el viejo genio se dejase llevar de vez en cuando por ya espaciadísimos deseos de la carne, pero... ¡casarse! ¡Y con aquel monumento femenino!

—Gretel Katz —terminó de presentar De Santi, apretando la tierna cintura femenina—. Es alemana, pero ya habrás comprobado que habla perfectamente el italiano.

—Sí... Lo habla tan bien que no podría hablarlo mejor. ¡Parece talmente italiana!

—Pues soy alemana —rió Gretel—, y además, de una ciudad que ninguna persona culta del mundo puede ignorar que exista: Heidelberg.

—Sí, por supuesto. Yo estuve un año en la universidad de Heidelberg... Y el profesor incluso impartió clases allí, y ha sido llamado varias veces para...

—¡Bah, bah, bah! —movió la mano libre De Santi—. ¡Eso pertenece al pasado! Lo que cuenta ahora es el presente... Y el futuro en compañía de Gretel. A propósito —se sorprendió de pronto el profesor—, ¿cómo no te ha acompañado Nina?

Bruno se quedó mirando el coñac. Por supuesto que no era el momento adecuado para importunar a De Santi con sus problemas conyugales. Ni siquiera los valoraría en sus debidas proporciones.

—No se encuentra muy bien —murmuró.

—¿Qué le ocurre? ¡Espero que no sea nada malo!

—No, no... Pero había pensado —improvisó rápidamenteˆ— llevármela unos días al Sur, unas cortas vacaciones en Capri, o quizá en Sicilia. Me gustaría saber si volverá usted pronto a Milán o puedo dejar a Enzio al frente del laboratorio.

—Ah, ya... Bueno, no hay problema, muchacho —sonrió el felicísimo De Santi—. ¡Haz lo que creas conveniente, claro está! Lo primero es el amor, amigo mío. ¡Espero que tú y Nina disfrutéis mucho en Capri!. Tómate el tiempo que quieras..., o el que creas conveniente. Tú verás el tiempo que puedes estar ausente del laboratorio.

—Sí. Bueno —bebió un sorbo de coñac—, creo que es mejor que regrese a Milán.

—¡Parece que estás en verdad muy enamorado de tu esposa! —rió Gretel.

—Sí... Muy enamorado —terminó el coñac de un trago brusco—. Y como enamorado, comprendo a los demás enamorados; de modo que me voy ahora mismo. Lamento haberles interrumpido.

—Siempre se puede volver a empezar —deslizó Gretel—. ¿No es cierto, amor mío?

Giulio de Santi se limitó a apretar de nuevo la esbelta cintura de la muchacha. Bruno vio los dos ojos del anciano como encendidos. Chocante en verdad. Desde que él conocía al profesor, es decir, desde hacía... once años, cuando entró a trabajar con él, Giulio de Santi ni siquiera había mirado a una mujer como tal mujer. Para el viejo profesor no existían los sexos, sólo los cerebros. Una persona era interesante o no según sus conocimientos y su inteligencia, y eso era todo. Y ahora... Chocante, sí.

—Gracias por el coñac —devolvió la copa a Gretel. Por la noche suele refrescar un poco por aquí. Bien, hasta la vista. Ya le comunicaré lo que decida, profesor.

—Lo que tú hagas estará bien, Bruno.

—Gracias de nuevo... Adiós.

Se encontró sentado en su coche. Ya había anochecido completamente. Cuando inició el descenso vio abajo las luces de Bellano, Menággio, Tremezzo... Incluso le pareció ver luces de navegación en el lago. Y la iluminación de Menággio se reflejaba en

el agua con bellos colores...

¿Chocante? ¡Era increíble! ¿Qué demonios le había sucedido al profesor? ¿De dónde había salido aquella bellísima muchacha que decía estar enamorada de él? Lo llamaba «amor mío». Desde luego, o era una broma o era un escarnio hacia Giulio de Santi. Frunció el ceño. ¿Quizá hacía mal marchándose? No podía salir nada bueno de todo aquello para De Santi... El ceño de Bruno Rossi se frunció aún más, su gesto se tornó hosco.

«Voy a volver —pensó de pronto—. Tengo que volver allá y aclarar esto. ¡Nadie va a lastimar de ninguna manera a mi maestro mientras yo pueda impedirlo! Esa chica tendrá que explicar...»

Entonces vio los dos puntos de luz roja.

Primero creyó que eran luces lejanas de cualquier población a la orilla del lago, o del propio lago, de alguna embarcación. Pero en seguida se dio cuenta de que eran las luces traseras de posición de un automóvil. Y acto seguido apareció la mujer en la zona de luz de los faros de su coche. La vio colocándose en el centro de la estrecha carretera con graciosos saltitos, y agitando los brazos. Frenó a cinco o seis metros de ella, abrió la portezuela, y se asomó. —¿Le ocurre algo, señorita?

—¡Por favor, tiene que ayudarme! ¡He tenido un pinchazo, y no sé cómo cambiar la rueda!

Bruno Rossi frunció de nuevo el ceño. ¡Mujeres! Seguro que sabía perfectamente cómo cambiar la rueda, pero ¿por qué molestarse ella si allá tenía un hombre? Estaba tan malhumorado y preocupado ahora por tantas cosas que estuvo tentado de maniobrar para volver hacia el chalé sin tan siquiera dar una explicación a la muchacha. Pero, justo en aquel momento, oyó la musiquilla.

Quedó inmóvil, escuchando. Bueno, debía ser de la radio del coche de la muchacha... Salió del coche tras apartarlo a un lado de la carretera. ¡Qué música tan deliciosa! Era..., era... especial... Sí, era una musiquilla muy, muy especial....

—¡Es usted muy amable, señor! ¡Muchísimas gracias!

La muchacha se había acercado, y le tendía la mano. Sólo disponían de las luces de los coches, pero el resplandor de los faros del de Bruno, apuntando hacia el coche de la muchacha, era más que suficiente. Bruno miró la mano, un poco sorprendido, pero la aceptó. Era una mano tibia, delicada, suave...

—Me llamo María —sonrió la muchacha.

Bruno la miró directamente al rostro, y sonrió. Era preciosa. Nunca había visto belleza semejante. Sus cabellos eran oscuros, y formaban una juvenil aureola en torno a un rostro delicado, de líneas suaves en las que destacaban quizá un tanto exóticamente los pómulos. Y la boca, llena, sonriente. Y los ojos, oscuros, grandes, brillantes. La muchacha llevaba un vestido de verano, sin más protección, de modo que Bruno pensó que debía tener frío fuera del coche..., pero al menos, él podía ver aquel cuerpo de formas rotundas, de delgadísima cintura y senos altos, grandes, pujantes bajo la ligera tela.

Seguía oyendo la musiquilla.

—Bruno —se presentó, sonriente—. Veamos que se puede hacer por esa rueda. Aunque supongo —rió— que simplemente cambiarla.

María también rió. Sus sonidos le parecieron trinos a Bruno. ¡Qué criatura tan encantadora...!

María alzó la tapa del maletero, donde estaba la rueda de recambio. Bruno, que se sentía encantado de la vida, estaba mirando sorprendido hacia el interior del coche de ella; no se veía que la radio del coche estuviese encendida... ¡Ah, bueno, podía tratarse de un magnetófono a pilas, de una *cassette*!

—¿Le ayudo a sacarla? —preguntaba María.

Puedo hacerlo solo... ¡Pero si también está pinchada! —exclamó, nada más tocar la rueda.

¡Cielos no! —gimió María—. ¿Esta seguro?

Naturalmente!

—Dios bendito... ¿Qué voy a hacer ahora?

Bruno la miró. Ella estaba un poco más atrás que él ahora, de modo que las luces de los faros, llegando desde atrás, hacían transparentar el fino tejido estival. Podía ver las piernas de la muchacha, de unas líneas preciosas. Por un lado, se transparentaba la ropa del pecho. Se veía la carne. María no llevaba sujetador. ¡Debía estar cogiendo un frío tremendo!

Es decir, que sus pezones debían estar ahora rígidos...

—Bueno —carraspeó Bruno—, hay varias soluciones; pero la más práctica es dejar aquí el coche y enviar luego alguien a buscarlo. O mañana. ¿Hacia dónde se dirigía usted?

—Iba a Milán.

—Ah... Yo también voy a Milán. Claro que podríamos probar si mi rueda de recambio va bien a su coche, pero lo dudo. Es un coche deportivo, y el mío es un simple turismo, de ruedas más estrechas... Naturalmente, si lo desea, puedo llevarla a Milán, o dejarla en Bellano, donde sin duda encontrará algún mecánico o alguien que pueda solucionar su problema.

—Empiezo a tener frío... ¿Le importaría llevarme, Bruno?

Bruno.

¡Qué bien sonaba su nombre pronunciado por María! Y seguía oyendo aquella musiquilla... celestial. Sí, debía ser celestial, del mismísimo cielo, tan hermosa le parecía. Bruno se echó a reír. María dio una patadita en el suelo, con un gesto de deliciosa rabieta.

—¡No le veo la gracia! —exclamó dulcemente.

Bruno le tomó el rostro entre las manos, la atrajo suavemente, y la besó en la boca.

Le pareció que su cabeza, todo él, quedaba inundado de aquella musiquilla. María le ofreció en seguida la lengua, y él adelantó la suya. El contacto fue demoledor para Bruno Rossi... Deslizó una mano hasta un seno María y a través de la fina tela percibió la deliciosa protuberancia del rígido pezón. Ella adelantó su vientre, Bruno percibió su tibieza en sus genitales. Su erección fue instantánea. Ella se abrazó a su cintura, y apretó más con su vientre. Bruno sentía ahora el calor del sexo femenino. Estaba... comiéndose la boca de María, y su lengua tibia y dulcísima. Ella gimió.

Bruno la soltó de pronto, metió medio cuerpo dentro del coche de ella, y apagó las luces de posición. Buscó el magnetófono en los asientos, pero no lo vio. No importaba. Regresó junto a María, la abrazó por la cintura, y se dirigieron hacia el coche de él. Entraron en el asiento de atrás.

María se tendió inmediatamente en el asiento, y flexionó las piernas. La falda resbaló, dejando visibles sus hermosas piernas.

—Amor mío —susurró.

Bruno le quitó las braguitas. Luego se abrió el pantalón, mientras ella dejaba al descubierto sus pechos, blancos, mórbidos, erguidos... Bruno recordó las luces del coche, y las apagó. La oscuridad fue casi total. Se veía,, empero, el relucir de la tersa carne

de María.

—Bruno...

El se colocó entre sus muslos, y besó los pezones, la boca y los ojos, la garganta de María. Ella asió su miembro viril con una manita, y lo guió. El cerebro de Bruno pareció estallar en una música aún más deliciosa cuando su glande entró en contacto con la tibia humedad de la máxima intimidad femenina.

—Bruno...

Se dejó caer suavemente, penetrándola. El calor era dulcísimo. María se abrazó a él, y movió las caderas. La penetración fue total, poderosa, y Bruno emitió un gemido. Tuvo... una sensación absolutamente inédita en aquella actividad de su cuerpo. Percibió, para su gran apresa, el inmediato orgasmo de María, largo, intensísimo, tremolante..., y, al mismo tiempo, algo extraordinario le sucedió a él. Tuvo la sensación de que su pene era... absorbido por una ventosa que lo condujo a una... región nueva dentro de un cuerpo de mujer. La sensación de absorción era deliciosa, estimulada por unas contracciones suaves y rítmicas, sin brusquedades. Era como..., como si dentro de ella existiera... una zona más tibia y dulce capaz de producir... como besos y contactos nuevos en el miembro masculino. Bruno había conocido muchas mujeres íntimamente, y había sabido gozar con ellas, pero nunca le había sucedido nada igual. ¡Nunca!

Le llegó el orgasmo inmediatamente, de una duración e intensidad que creyó que iba a morir de gozo. Pero no sólo no murió, sino que ni siquiera desfalleció tras aquel orgasmo tremendo. Era como si no hubiera sucedió nada. La dulcísima ventosa seguía tirando de él hacia dentro, sorbiéndolo, produciéndole aquella sensación de besos y caricias en su miembro. Se estremeció y casi gritó ante la llegada del siguiente orgasmo, que fue mucho más placentero aún que el primero.

Bruno estaba alucinado, como flotando. Vagamente, se daba cuenta de que estaba sucediendo algo insólito..., y lo pensó cuando le llegó, arrollador, el tercer orgasmo. ¡No podía creerlo! Tuvo una vaga idea respecto a que no se estaba vaciando, y, sin embargo, ya había' tenido tres orgasmos..., y estaba llegando el cuarto. Gritó al gozarlo plenamente. María le asió el rostro con las manos, le besó en la boca, le ofreció su lengua... Bruno no estaba agotado, ni

siquiera fatigado. Sintió de nuevo la succión, los besos y caricias interiores, y volvió a gritar…

Un resto de su voluntad le impulsó a querer separarse de María, pero ella volvió a besarle en la boca, y de nuevo él sintió la succión, y otra vez estalló en un grandioso placer jamás sentido. Era como si una fuerza dulcísima estuviese tirando de él hacia el interior de María, como si sus sexos, allá al fondo de María, hubiesen quedado soldados, fundidos en una zona donde se producían extraordinarios besos y caricias sin fin.

Bruno Rossi creyó que iba a enloquecer e placer, y se aferró al magnífico cuerpo femenino que temblaba con él en los sucesivos, interminables goces.

—Ma…ría… ¡María! —jadeó—. ¡María, cuánto te… amo,..!

—Goza, mi vida —susurró ella, succionándolo de nuevo—. ¡Goza cuanto quieras de tu amor llegado desde las estrellas!

CAPITULO II

Bruno despertó de pronto.

Por un instante, no comprendió nada, sólo sintió aquella violencia, aquellos movimientos bruscos... De pronto, vio a María bajo él, agitándose. Sonrió. Ah, sí, se había quedado dormido sobre ella, no había podido separarse de ella. Había gozado como nunca en su vida, vez tras vez, y luego se había quedado dormido, abrazado a ella todavía penetrándola, mientras María le besaba dulcemente...

Pero... ¿qué sucedía ahora?

María se estaba agitando como enloquecida, y estaba..., estaba gritando algo que no entendía. Bruno sintió que había quedado por fin separado de ella, y la alivió de su peso, sentándose en el asiento del coche. María se irguió en seguida, y Bruno vio sus pechos magníficos oscilar tentadoramente. Sintió de nuevo deseos de ella, y alargó una mano y le tocó los pechos, pero María le apartó la mano, abrió la portezuela, y se lanzó fuera del coche, echando a correr hacia los árboles. Estaba desnuda, el vestido había quedado a un lado; de modo que pudo ver su blanco cuerpo en la oscuridad.

—¡María! —llamó—. ¿Qué te ocurre? ¡Vuelve, mi vida!

Salió en pos de ella.

En alguna parte, vio el verdoso resplandor. En realidad, fue un relámpago diminuto brotado allí mismo. Un relámpago de dirección imprevisible y de color verde, que iluminó brevemente el bosquecillo y terminó en el cuerpo de María.

La vio alzar los brazos, convertida en una trágica figura de color verde, y desplomarse, lentamente, como a cámara lenta.

—¡María! —aulló.

Corrió hacia ella enloquecido, sin pensar en nada que no fuese

María, sin mirar a parte alguna, sólo hacia donde ella había caído sin proferir un gemido, convertida en una figura verdosa... Ni siquiera en esto pensó, en aquella tonalidad verdosa.

Encontró su cuerpo junto a unas matas Era apenas una mancha blanca, con puntos de luz de estrellas en algunas partes de su espléndido, adorado cuerpo.

Se arrodilló junto a ella, sollozando.

—María, María... ¡María, mi vida!

La tocó. No estaba fría. Ni caliente. Deslizó una mano hacia su seno izquierdo, que desplazó con suavidad, en busca de la zona del corazón. No latía. El corazón de María se había detenido. Desesperado, buscó algún latido en el cuello. Tampoco allí había latido alguno, lógicamente. El corazón había dejado de trabajar, de bombear... La vida había terminado en el cuerpo de María. ' Durante unos segundos, Bruno Rossi permaneció arrodillado junto al cadáver, sollozando. Gruesas lágrimas se deslizaban por sus viriles mejillas, de rasgos secos, firmes. Se podía decir que lloraba como un niño, pero en realidad era el llanto incontenible de un hombre que ha perdido lo mejor de su vida.

Pasó sus brazos por la espalda y bajo las rodillas del cadáver, y lo alzó, volviéndose para regresar hacia el coche.

Entonces vio aquel resplandor verdoso.

Y sólo entonces reparó en que, en todo momento, aquel resplandor verdoso había estado cerca de él. Mientras sollozaba por María había estado viendo en alguna parte aquel resplandor verdoso, aquel... maldito fuego del infierno. Sí, un fuego del infierno, pues vagamente, en su mente de científico, relacionó aquel resplandor verdoso que veía ahora con el diminuto relámpago que había alcanzado y abatido a María.

Quizá fue la furia lo que inmovilizó a Bruno Rossi. Quizá la sorpresa. O quizá el espanto.

Podía ver muy bien aquel resplandor verdoso que se iluminaba a sí mismo.

Lo veía perfectamente.

Y no era sólo una luz, era... un ser viviente.

Tenía una forma vagamente humana. Era como un intermedio entre una rana y un chimpancé. Era algo increíble, jamás visto ni mucho menos imaginado. Su estatura no era superior a un metro.

Tenía las piernas largas y delgadas, sin vello alguno; los brazos casi tocaban el suelo, y, como el torso, estaban cubiertos de espeso vello verde; en el torso, Bruno creyó distinguir tres protuberancias que quizá pudieran ser mamas. La cabeza, como las piernas, sí parecían de rana, en su forma y por su carencia total de vello Dos enormes ojos saltones, casi colgantes, destacaban sobre una boca enorme, sobre la cual no se veía lo que pudiera denominarse nariz.

Por fin, reaccionando, Bruno retrocedió un paso, jadeando:

—Dios mío…

Unos sonidos que al principio le parecieron el croar de una rana brotaron de la enorme boca que ocupaba toda la parte inferior de la cabeza. Unos sonidos que sólo unos segundos más tarde de ser emitidos fueron asimilados por la mente de Bruno Rossi.

—No se asuste, doctor Rossi —expresaban aquellos sonidos en presunto italiano—; soy amiga suya.

Bruno tragó saliva tras entender esto. *¿Amiga* suya? ¿Significaba esto que aquel ser era hembra? Pensamientos de desconcierto y espanto llenaban la mente de Bruno. No podía hablar, sólo pensar. Pensar en que todo aquello, desde que había salido del chalé del profesor, era un sueño primero y una pesadilla después…

—Deje caer su carga, doctor Rossi —croó de nuevo el ser—; no vale nada. Su belleza corporal contiene sólo deseos de maldad. ¿No percibe en mí, en cambio, efluvios de bondad?

—No —se oyó a sí mismo Bruno.

—Está usted todavía ofuscado. Serénese.

Bruno Rossi cerró los ojos, y aspiró profundamente. ¿Que se serenase? Muy bien, iba a intentarlo. Sí realmente eso era lo que más necesitaba en aquel momento: serenidad.

Abrió los ojos de pronto.

—¿Quién ..? ¿Qué es usted?

—Soy Ssatkw, de Kikwtz.

Bruno quedó como si no hubiera oído nada. Luego movió la cabeza.

—No he entendido bien —murmuró

—Podemos simplificarlo todo si me llama Alida. Es un bonito nombre italiano, ¿no es cierto?

—Sí… Sí, es un bonito nombre de muchacha italiana… Sí.

—Llámeme Alida, entonces. Aunque como ya le he dicho, mi

denominación estelar, utilizando las letras y sonidos de ustedes, es Ssatkw, de la estrella Kikwtz.

Bruno Rossi se echó a reír de pronto. ¡Ahora lo comprendía todo! ¡Y era divertidísimo!

—¿Qué hace usted? —preguntó Alida.

—Estoy riendo —Bruno rió todavía más—. ¡Estoy riendo como nunca en mi vida!

Era verdad. Estaba riendo tanto que ya no tenía ni fuerzas para seguir sosteniendo el cuerpo de María en sus cansados brazos. Se inclinó para depositarla en el suelo, y luego se sentó en éste, sin dejar de reír.

¡Claro que ahora lo comprendía todo! Incluso lo de su amigo y maestro, el genial profesor de ultragenética Giulio de Santi. ¡Era todo una broma! O mejor aún: algún grandioso experimento realizado en altísimo secreto por De Santi. ¡Todo debía ser un experimento grandioso, fabuloso! Y lo que estaba sucediendo ahora no eran más que visiones ilusorias provocadas sin duda por la droga que Giulio le había hecho beber de manos de Gretel en el coñac....

Pero ¡santo cielo! ¿Qué se proponía el profesor con todo aquello, qué estaba intentando, qué estaba tratando de demostrar?

—Me gustan esos sonidos que emite usted —dijo Alida.

Bruno se puso en pie, sin dejar de reír, y se acercó al grotesco ser. En efecto, tenía tres mamas, perfectamente visibles, ya que no llevaba indumentaria alguna. En cada mama destacaba un pezón grueso como una pelota de ping-pong. Pasmoso. Bruno pellizcó con dos dedos uno de los pezones, sin dejar de reír, y en seguida notó cómo se endurecía entre las yemas de sus dedos. Riendo, agarró a Alida por las axilas, la alzó hasta su rostro, y la besó en la bocaza mientras la estrechaba contra su pecho..., en el cual notó la presión súbita de los tres pezones.

Alida había quedado colgando inerte entre sus brazos. Bruno la depositó en el suelo, y por un momento creyó que aquellas... patas de rana no iban a sostener el torso de chimpancé. Pero Alida, tras una vacilación, quedó de nuevo en posición vertical estable. Sus ojos saltones, rodeados de un delgado aro verdoso, contemplaban a Bruno, que ahora sonreía.

—Bueno —dijo alegremente—, espero recuperar mis plenas facultades conscientes y reales de un momento a otro, Alida.

Mientras tanto..., ¿qué hacemos?

—Acompáñame —croó Alida.

—Muy bien. Pero no vamos a dejar aquí a la pobre María, desnuda... ¡Podría resfriarse! —rió de nuevo.

—No vale la pena ocuparse de ella; es sólo un robot.

«¡Aquello era demasiado!», pensó Bruno.

—¿Un qué? —preguntó, sarcástico.

—Un robot fabricado por los de la estrella Dktwz.

—Bueno, mira, estoy dispuesto a seguir este extraordinario juego, pero no a hacer demasiado el tonto, de veras. Sea lo que sea lo que siga ahora, no pienso dejar tirada aquí a esta muchacha. ¿Está esto bien claro?

—Como quieras. Pero ven conmigo.

Bruno volvió a cargar con el cuerpo de María, y caminó en pos de Alida, que se adentraba más en el bosquecillo, caminando como un chimpancé, bamboleándose, y dando de vez en cuando un salto como lo haría una rana. Bruno no tenía ni idea de la hora que era. No sabía nada, salvo que su mente, ahora, se resistía a creer que todo aquello pudieran ser alucinaciones producidas por una droga. En cambio, aquel ser grotesco bien podría ser el resultado de los estudios de ultragenética del profesor.

Se detuvo en seco de pronto, cuando lo hizo Alida, que se había vuelto hacia él. Pero Bruno no miraba a Alida ahora; miraba el pequeño objeto que relucía a la luz de las estrellas, y que parecía un modelo aerodinámico de automóvil..., pero sin ruedas. Alida continuó caminando hacia el objeto, y una parte de éste se alzó silenciosamente, como el capó de un automóvil.

—Sube —dijo Alida.

Bruno miró el interior del vehículo. Había un asiento único, largo, capaz para tres personas. Frente al asiento, un tablero de mandos, con puntitos verdes en varios sitios. Eso era todo. La broma estaba durando ya demasiado, y tomaba unos derroteros verdaderamente fantásticos.

—No temas nada —dijo Alida.

Entró en primer lugar en el vehículo. Bruno sacudió la cabeza. Luego colocó a María en el asiento, y entró en el vehículo, colocándose entre Alida y María. La tapa del vehículo bajó. Dentro, quedó sólo la más densa oscuridad, en la que destacaban los

puntitos verdes en el supuesto tablero de mandos, y que producían una levísima luz difusa. A esa luz, Bruno vio lo que podía denominarse mano de Alida, con tres largos dedos peludos. Los dedos comenzaron a presionar pequeños botones. En el tablero se iluminó una pequeña esfera, también en verde. Parecía la esfera de un vulgar despertador, pero sin números ni manecillas. En la esfera aparecieron unos símbolos, unos dibujos que Bruno desconocía. Alida apretó otro botón.

Bruno Rossi tuvo una sensación extraña, como si de pronto fuese a fundirse como mantequilla en el asiento, como si éste fuese a absorberlo. La sensación duró apenas cuatro o cinco segundos. Luego desapareció completamente.

—Estamos a cinco mil kilómetros sobre el planeta Tierra —dijo Alida.

—Ya, ya.

No sentía ruido ni vibración alguna. No sentía nada. Estaba tan bien como si se hallase sentado en un sillón de su sala de estar. Pensó en Nina, su mujer. Y en María. Volvió la cabeza, y vio el perfil de María, sentada a su lado con gesto natural, la cabeza echada un poco hacia atrás en el respaldo, inadecuado para ellos dos, pero, evidentemente, perfecto para Alida. Tocó a María en un lado del cuello. Todavía no estaba fría. Bueno, hacía poco que había muerto.

No sentía pena por ella. Tampoco había sentido congoja ni cualquier otro sentimiento al pensar en Nina y en el hombre que en aquellos momentos debía estar con ella en la cama haciéndola gozar sexualmente de aquel modo... salvaje. No sentía la menor sensación de estar drogado. No sentía miedo. No sentía ni frío ni calor. Sencillamente, estaba allí, y estaba a gusto. Eso era todo.

Aunque... quizá no. En realidad, se sentía muy bien. Miró afectuosamente a Alida, que no hacía otra cosa que mirar la esfera verdosa, en la que aquellos símbolos se mantenían constantes.

—¿Qué es eso? —señaló Bruno la esfera.

—Las indicaciones para alcanzar la nave.

—¿Qué nave?

Los saltones ojos se volvieron hacia él.

—Una de las muchas naves que en estos momentos están sobrevolando tu planeta, dotadas de la debida protección refractaria

a vuestros telescopios y sistemas de detección. Hay naves de Kikwtz y naves de Dktwz... Se están librando grandes batallas.

—Ah. Pues muy bien.

Sí, señor, se sentía estupendamente allá dentro. Aquella luz verdosa le parecía ahora sedante y hermosa. Era una luz... amable. Exactamente: amable. Tranquila, sosegada.

—¿Te gustaría ver la Tierra desde quince mil kilómetros de altura? —preguntó Alida.

—¡Caramba, me encantaría! —aseguró Bruno.

Un rectángulo frente a él, sobre el panel de mandos, se tornó de pronto transparente. El vehículo giró. Afuera todo era luz. Abajo, muy lejos, Bruno Rossi vio el planeta Tierra, envuelto en brumas azules. La mitad estaba iluminado, y la otra mitad oscuro.

—Precioso —dijo, pensando que lo que estaba viendo podía muy bien ser una pantalla de televisión.

—Es la Tierra.

—Sí, sí, la Tierra. La Tierra, claro.

El vehículo viró de nuevo. El espacio azul y dorado. Bruno abrió la boca cuando vio lejos dos puntitos luminosos, como diminutos soles, acercándose uno al otro. No se atrevió tan siquiera a aventurar un cálculo respecto a la distancia a que se hallaban del vehículo ni entre sí. Pero se iban acercando uno al otro... De pronto, refulgieron en ellos luces destellantes, rojas en uno, verdes y como relámpagos en otro. Las luces rojas llegaron en línea recta al objeto que había emitido el relámpago verde, que estalló en un fulgor verdoso. Pero al mismo tiempo, el relámpago verde alcanzaba al otro punto luminoso, exactamente como aquel diminuto relámpago verde había alcanzado a María, y ese objeto, o lo que fuese, estalló en un rojo resplandor vivísimo.

Bruno sonrió, y señaló hacia delante.

—¿Eso es parte de la batalla?

—No. Son sólo vigilantes avanzados. Como suele suceder, se han destruido el uno al otro.

Bruno iba a decir algo, pero vio aquella bola de fuego acercándose a ellos. Durante una millonésima de segundo pudo verla, y le pareció que iba a chocar contra ellos. Era enorme, podía haberlos engullido y fundido con su intensísimo fuego, llevándoselos hacia las profundidades del espacio..., pero pasó por

encima, quizá a cien kilómetros, quizá a mil.

Apareció otro punto luminoso en el espacio, hacia su izquierda. Por la derecha aparecieron tres puntos luminosos. Bruno miraba de un lado a otro en la inmensidad del espacio... Lentamente, iba aposentándose en su mente la idea de que no estaba viendo por televisión una película en tres dimensiones, sino que estaba viajando por el espacio a una velocidad de mil kilómetros por segundo. Hizo un cálculo rapidísimo y fácil: mil kilómetros por segundo equivalían a tres millones seiscientos mil kilómetros por hora. Graciosísimo.

Frente a él, el punto luminoso de la izquierda emitía tres largos relámpagos que llenaban de luz verdosa el espacio, culebreando hacia los tres puntos luminosos de la derecha, de los que, al mismo tiempo, brotaban rectilíneos rayos de luz roja... Pero estos rayos rojos se fueron diluyendo en el espacio, sin alcanzar al punto luminoso de su izquierda. En cambio, los tres relámpagos verdes sí alcanzaron a los tres puntos luminosos, que se convirtieron en bolas de fuego.

—Ya vienen a por nosotros —dijo Alida

—Espléndido —murmuró Bruno.

Conservaba la serenidad, pero ya no estaba seguro de nada. Todo aquello era demasiado fantástico.

Tuvo de pronto una sensación de leve presión, y miró alarmado a Alida, que adivinó su temor.

—No ocurre nada grave. Simplemente, nos hemos detenido para ser recogidos.

¿Detenido? ¿Detenido en el espacio tras haber estado viajando a mil kilómetros por segundo? Miró de nuevo hacia el punto luminoso de la izquierda, el vencedor de la brevísima escaramuza espacial. De pronto lo vio como lo que era realmente: una nave de proporciones aterradoras, que en cuestión de segundos llenó todo el espacio ante ellos. Pareció que la enorme nave abriese una boca. La boca llegó, y los engulló.

Bruno Rossi llevó sus manos a la cabeza, como si quisiera detenerla en aquel súbito y velocísimo girar. La presión en sus oídos fue insoportable.

Perdió el conocimiento.

CAPITULO III

Cuando lo recobró, vio ante él a Alida.

—Lo siento —croó ella—; no pensé en la diferencia de nuestros organismos. Pero ya estás bien.

Bruno se tocó las orejas, presionando suavemente. No le dolía nada. Estaba sentado en un asiento metálico, pero cálido. Junto a él estaba María, bellísima. La tocó. No estaba fría. Ni caliente...

—Es un robot —dijo Alida—. ¿Quieres convencerte?

—Sí.

Alida se apartó, emitiendo sonidos que nada significaron para Bruno Rossi. Pero ni siquiera los escuchó, realmente, porque su mirada, de pronto sobresaltada, estaba mirando detrás de Alida, que al apartarse había ampliado su campo de visión. Varios seres como ella, pero sin mamas, se acercaban. Se llevó las manos a las sienes. Sí, aquello ya era demasiado para su comprensión. Incluso para sus conocimientos de científico que había comenzado con la genética y ahora estaba avanzando en la ultragenética bajo la dirección de Giulio de Santi.

Cuatro de aquellos seres cargaron con María, y la llevaron hacia el fondo de aquella enorme sala sin ventanas y de paredes metálicas.

—Ven —dijo Alida.

Le tendió una de sus manos de tres dedos peludos. Bruno la miró, y miró luego los ojos saltones de Alida. Entonces vio que sólo constaban de pupila. Una pupila verde, verde, como la más hermosa esmeralda. Aceptó la mano de Alida, y caminó con ella hacia el fondo de la sala, con la sensación de que estaba sacando de paseo a un chimpancé.

María había sido colocada sobre una plancha metálica. Junto a

ella, varios seres emitían sonidos, y luego miraron todos a Alida, que también emitió sonidos incomprensibles. Cuatro seres se colocaron alrededor de María, y cada uno de ellos asió una extremidad. Tiraron suavemente de las manos y los pies de Alida, abriéndola hasta formar con ella una X. Otro ser se inclinó sobre María, sosteniendo un pequeño tubo en una mano. Del tubo brotó un recto haz de luz verde, que impactó sin sonido alguno en el nacimiento de la garganta de María, y comenzó a descender hacia su vientre.

La carne se iba abriendo, los huesos se iban separando… Era como cortar un pavo con unas tijeras de cocina. Pero no se producía sonido alguno, ni siquiera chispas, ni olía a nada, ni salía sangre.

María fue abierta desde la garganta hasta el sexo, y las dos mitades fueron separadas, dejando visible i su interior, cuyo contenido dejó atónito a Bruno Rossi. Allí estaba todo: corazón, pulmones, hígado, estómago, páncreas… Todo. Pero no como él tantas veces había visto en sus estudios de autopsias, sino como…, como si cada órgano fuese… de plástico. No formaban una masa rezumante de líquidos que los unían, no estaban aplastados, sino perfectos en su forma.

—No obstante —dijo Alida—, estos robots resistirían incluso el examen de rayos X. Son perfectos. Esa es la ventaja que los de Dktwz tienen sobre nosotros: no tenemos robots. En cambio, ellos los utilizan para todo, dándoles la forma que quieren… Excepto la nuestra, pues hemos inventado un sistema de detección: nuestros organismos se alteran cuando tenemos cerca a un habitante de Dktwz. ¿Sabes que María incluso podría tener hijos de un terrestre?

Bruno tenía la sensación de que la cabeza le daba vueltas. Por un instante, se vio como un niño aterrado j que clamaba en su interior por la presencia de su maestro, el profesor De Santi; él no se sentía capaz ni tan siquiera de comprender lo que decía Alida. Pero no podía dejar de comprenderlo.

—¿Quieres decir que los de Dktwz han… fabricado seres humanos?

—Sí. Durante más de cien años terrestres han estado llevándose terrestres vivos a Dktwz, para estudiarlos, y finalmente lo han conseguido. Han estado haciendo pruebas durante estos años vuestros, pero les salían robots defectuosos… hasta ahora. Observa

que parece que María no tenga sangre. Ello es debido a que, al detenerse el mecanismo de su cerebro programado, todo se ha... suspendido en sus funciones. Ahora bien, si en lugar de... anularla yo con mi descarga, la hubieses matado tú con una de vuestras armas, todo en ella habría sucedido como en un cadáver auténticamente terrestre.

—No puedo creerlo... ¿Estoy loco? ¡Sencillamente no puedo creerlo!

—¿Quieres convencerte?

—¡Claro que quiero convencerme! —aulló Bruno.

Alida se dirigió a sus congéneres emitiendo sonidos de su peculiar idioma. Uno de los seres estiró de un aparato un cable en cuyo extremo había lo que Bruno sólo podía definir como auriculares, pero de pequeño tamaño. Los auriculares fueron colocados en las sienes del cadáver de María. El ser presionó un diminuto botón en el centro del fleje que unía los auriculares.

Tres segundos más tarde, María abrió los ojos. El corazón comenzó a palpitar. La sangre comenzó a aparecer en el corte vertical que casi había separado el cuerpo en dos. Todos los órganos de María entraron en acción, se oyeron ruiditos, deslizarse de líquidos. María se sentó en la plancha metálica, miró a Bruno, y le sonrió.

—Bruno...

Este lanzó una exclamación, y retrocedió, lívido, demudado el rostro.

María le tendió los brazos.

—Bruno, amor mío...

—No —jadeó Bruno—. ¡No! ¡Detengan eso!

—¿Qué te ocurre, cariño? —sonrió dulcemente María—. ¿Ya no quieres gozar con tu amor venido desde las estrellas?

—*¡Detengan eso!* —aulló Bruno.

El ser que había colocado los auriculares a María retiró éstos de la cabeza femenina. María se desplomó hacia atrás, cerrando de nuevo los ojos. Todo su cuerpo abierto estaba ahora empapado en sangre, pero ésta dejó de brotar en cuanto los auriculares le fueron retirados.

—Quiero salir de aquí —jadeó Bruno—. ¡No quiero verla más!

Alida le tendió de nuevo la mano, y Bruno se tomó de ella. Se

alejaron los dos de aquel lugar, y salieron de la enorme sala. Había un pasillo, por el que circulaban más seres como Alida. Seres de ambos sexos, diferenciables únicamente por las tres mamas de las hembras. Al menos, a simple vista. Todo era metálico alrededor de Bruno. Había puertas, igualmente metálicas, pero no ventanas. Bruno cayó de pronto en la cuenta de que estaba respirando normalmente, y miró a su grotesca acompañante.

—¿Qué clase de… aire tenéis aquí? ¿Debo entender que respiráis igual que los terrestres?.

—No. Pero tú y yo fuimos operados,

—¿Qué? —saltó Bruno.

—Yo, antes de bajar a la Tierra. Tú, en cuanto llegaste aquí. Mira el centro de tu pecho.

—¿El centro de mi…?

Bruno se abrió rápidamente la camisa, y vio aquello que parecía un botón metálico entre sus pectorales. Su mirada saltó vivamente de nuevo hacia Alida.

—No se te ocurra retirarlo de ahí —dijo ésta—; es la cabeza del tubo bifurcado que llega hasta tus pulmones, y que filtra nuestra atmósfera.

—¿Quieres decir que tengo dentro de mi cuerpo… un mecanismo?

—Sí. Pero podrás retirarlo sin cuidado alguno cuando regresemos a la Tierra, del mismo modo que yo he retirado el mío al llegar a esta nave, naturalmente hermética, con atmósfera de nuestra galaxia.

—No puedo creer todo esto… ¡No puedo!

—Ven conmigo. Te vamos a explicar lo que está ocurriendo. Aunque debo decirte que no tenemos grandes esperanzas de que en la Tierra las cosas sucedan de modo diferente a como han sucedido en otros planetas y galaxias.

Entraron en otra sala de enormes proporciones, en la que sólo había, al fondo, un grupo de seres como Alida, sentados todos en un delgado asiento metálico, frente al cual había otro más pequeño… Este asiento fue ocupado por Alida y Bruno.

—Ellos no han sido preparados para hablar en tu idioma —dijo Alida—, así que he sido designada como traductora. ¿Por dónde quieres que empecemos?

Bruno estuvo unos segundos mirando aquellos seres mitad chimpancé y mitad rana, todos con los mismos ojos verdes como esmeraldas. Había seres machos y seres hembra; podía ver las mamas de éstas.

—Lo primero que quiero saber —murmuró— es si la muchacha que dice ser alemana y llamarse Gretel Katz es un robot como María...

* * *

Gretel Katz abrazaba dulcemente a Giulio de Santi, que, sobre ella, tan desnudo como Gretel, se aferraba a su vez a las mórbidas carnes de la muchacha, jadeando de placer. Hacía más de una hora que la había penetrado, y todavía seguía gozando, gozando sin parar. Estaba disfrutando de los momentos más dulces de su vida, de los días más, hermosos que hubiera podido soñar.

Sentía la succión, la absorción de su miembro, y las caricias internas, como besos en su miembro que aumentaban el indescriptible placer. Hundido cálidamente en aquel cuerpo maravilloso, Giulio de Santi ni siquiera se preguntaba cómo era posible aquello, cómo podía ser que él, un anciano que desde hacía más de cincuenta años sólo pensaba en la Ciencia, hubiese despertado de aquel modo a la vida sexual, que había tenido poco menos que totalmente olvidada. En realidad, ni siquiera recordaba cuándo había estado por última vez con una mujer. Ni le importaba. El sexo, para él, había sido durante los últimos cincuenta años sólo una... característica más del ser humano. Y no la característica más importante, aunque, ciertamente, el sexo formaba parte de sus estudios. Sólo eso: parte de sus estudios de ultragenética.

Y sin embargo..., ¡cómo estaba gozando! ¡Ah, lo que se había estado perdiendo en aquella estúpida vida que había consagrado a la estúpida Ciencia! ¡Se había perdido nada menos que el goce del amor! ¡Oh, cielos, el amor...! ¿Acaso, realmente, podía haber nada más importante en la vida que el amor?

Y el sexo, ¡claro que sí!, formaba parte de aquel indescriptible amor que él sentía por Gretel y ella por él. ¡Cómo lo amaba aquella adorable criatura, tan complaciente y cariñosa, tan inteligente y comprensiva! Era la felicidad, la felicidad total... ¿Cuántos años podían quedarle de vida? Con suerte, diez o doce. Bueno, quizá pudiese llegar a centenario, pero... ¿estaría entonces en condiciones

de gozar del amor de Gretel?

En cambio, ahora, a punto de cumplir los setenta y cinco, se sentía lleno de vigor sexual y físico. ¡Dios, cómo estaba gozando del amor! De nuevo sentía la succión, los besos en su miembro que se producían en el interior de Gretel, allá en lo más profundo de su cálido y dulcísimo sexo que se le entregaba continuamente. Y Gretel no estaba fingiendo, no... ¡Ella tenía, como él mismo, cantidad interminable de orgasmos, y gemía, y lo acariciaba, y lo besaba en la boca, y en seguida de nuevo lo succionaba, se apoderaba de él para besarlo dentro de su cuerpo, y acariciarlo con aquellas contracciones tan placenteras que parecía que no pudieran estar al alcance del ser humano! Y de nuevo Giulio de

Santi explosionaba de placer enorme, y en seguida ansiaba de nuevo aquella succión deliciosa...

La primera vez que poseyó a Gretel, allí mismo, en el chalé, no podía creer que una muchacha como ella, conocida casualmente, se le hubiese entregado con tal dulzura y agrado. Y cuando terminó, y quiso retirarse, convencido de que sus fuerzas habían sido gastadas para bastante tiempo, no pudo separarse de ella. Fue como si por dentro lo sujetaran, lo besaran, lo acariciaran..., y se dio cuenta, atónito, de que continuaba en plena posesión del vigor sexual necesario para proseguir, para disfrutar de nuevo del placer de un cuerpo joven y hermoso que era todo para él. Pero ahora, ya sabía cómo iban las cosas, sabía que nunca se agotaba, sabía que podía estar horas y horas gozando sin parar del más grandioso placer físico del mundo.

—Giulio —susurraba Gretel, entre orgasmo y orgasmo—. ¡Oh, Giulio, cuánto te amo!

Sí, lo amaba. Giulio no podía dudar esto de ninguna manera.

Y él amaba locamente a Gretel. ¡Nunca la abandonaría, ya nada del mundo le importaba, salvo Gretel, Gretel, Gretel, Gretel...! ¡Oh, amada, amadísima, joven, preciosa, dulce Gretel!

—Giulio, te amo.

¡Oh, Gretel, preciosa, delicada Gretel, vida mía...!

Y de nuevo Giulio de Santi era... succionado hacia aquel placer que nunca, nunca, parecía que fuese a terminar.

Inmerso en su exquisito goce interminable, Giulio de Santi ni siquiera se dio cuenta de que la puerta de su chalé se abría. Ni oyó

nada. El estaba poseyendo a Gretel, al calor del fuego, sobre la piel de tigre ¡El mundo era… otro mundo, que había dejado de interesarle!

—Profesor.

La voz de Bruno Rossi llegó a oídos de De Santi, pero como amortiguada, distante, innecesaria, rechazable. Gretel se había sobresaltado, sin embargo, y miraba hacia la puerta de la salita de estar. Giulio de Santi se dio cuenta de esto, y de que, de pronto, la dulce succión ya no existía.

—Profesor, soy Bruno.

Bruno. ¿Bruno? Ah, sí, Bruno… Giulio de Santi entró en súbito y total contacto con la realidad. Su cuerpo saltó de sobre el de Gretel, quedando de rodillas vuelto hacia la puerta de la sala. En su rostro había aparecido una mueca de furia…, pero se transformó en el acto en otra de pasmo, de incredulidad, al ver al ser… o lo que fuese que había junto a Bruno.

Junto a él, De Santi oyó rebullir a Gretel, y supo que se había puesto rápidamente en pie, pero no podía apartar su atónita mirada del acompañante de Bruno Rossi. Le vio alzar y extender un brazo, de cuyo extremo brotó un relámpago verde en miniatura, que él siguió en su dislocada trayectoria, con ojos desorbitados, y vio cómo finalizaba, silenciosamente, en el cuerpo de Gretel, que parecía a punto de saltar por la ventana.

El cuerpo de Gretel pareció desprender por un instante un resplandor verdoso, mientras alzaba los brazos, se crispaba, sus hermosas carnes se estremecían. De Santi vio estremecerse fuertemente las hermosas nalgas de Gretel un instante, mientras la muchacha, alcanzada por el relámpago verde, caía lentamente de espaldas, y quedaba inmóvil, boca arriba, en el piso de madera.

Un alarido de muerte brotó de la boca de Giulio de Santi.

—¡GRETEL…!

Se puso en pie de un vacilante salto, y corrió tambaleándose hacia la muchacha, blanco su casi esquelético cuerpo, patético con su escasa cabellera blanca y larga agitándose en la marcha… Cayó de rodillas junto a Gretel, acercó las manos a ella, las dejó suspendidas sobre el cuerpo, temblorosas, sin saber qué hacer…

—Gretel —sollozó—. Gretel, mi vida, mi amor… ¡Gretel!

Es sólo un robot —oyó la voz de Bruno Rossi.

Oyó perfectamente las palabras, pero no hizo caso a su significado. Por fin, dejó caer las temblorosas manos sobre el cuerpo de Gretel, palpándolo ansiosamente. Detuvo una mano sobre el Corazón, y se dio cuenta de que no latía. Dejó caer la cabeza de lado sobre el seno, buscando con su oído algún latido, cualquier sonido. Pero dentro del cuerpo de Gretel se había hecho el total silencio de la no existencia.

Giulio de Santi estuvo así, inmóvil, durante casi un minuto, mientras las lágrimas se deslizaban silenciosamente por su arrugado rostro, y mojaban el hermoso cuerpo femenino. Poco a poco, su mente fue liberándose, dejó de estar bloqueada. De pronto, lanzó una exclamación, se irguió, y se volvió hacia la puerta Sí, allí estaba Bruno, en efecto... ¡Y aquel otro ser grotesco y escalofriante de color verde...!

—Dios mío —jadeó De Santi—. ¡Dios mío!

Bruno se acercó, lo puso en pie cuidadosamente, y lo llevó hacia un sillón, donde lo sentó con suavidad, con cariño. Luego, le cubrió con una manta. Giulio de Santi seguía mirando a Alida, desorbitados los ojos. Parecía un pequeño y patético muñeco. Y su mirada era implorante cuando se posó en Bruno.

Este acercó otro sillón, y se sentó frente a su maestro.

—Debe serenarse, profesor. Entonces, y sólo entonces, le explicaré a usted lo que sucede.

CAPITULO IV

Giulio de Santi miró el bulto que formaba el cuerpo de Gretel, cubierto ahora por una manta, y suspiró.

—Creo... que estoy sereno, Bruno.

—Me alegra mucho, profesor —señaló a Alida, que permanecía de pie en la puerta de la sala—. Ella es una habitante de la estrella denominada Kikwtz, y su nombre allá es Ssatkw. Pero nosotros vamos a llamarla Alida.

—Alida —musitó De Santi—. Está bien. Bruno; ¿has dicho antes que Gretel es... un robot?

—Sí. Lo es, profesor. Un robot producido por los habitantes de la estrella Dktwz después de cien años de prácticas utilizando como base de estudio millones de seres del planeta Tierra secuestrados y llevados allá en sus naves espaciales. Por favor, póngase usted en situación: ¡estoy hablando en serio y plenamente consciente!

—Claro, Bruno, muchacho... Claro.

—Bien. Los de Dktwz han enviado robots como Gretel al planeta Tierra para que... anulen las mentes de los más grandes hombres y mujeres. Están utilizando el amor sexual para que pierdan interés por todo lo demás. Han distribuido en la Tierra cientos de miles de robots como Gretel, utilizando esferas herméticas que viajan por la noche a velocidad indetectable hacia los puntos de destino donde los seres que contienen han de operar, entrando en contacto con el ser humano que se le ha asignado. Llegan en sus esferas al lugar de trabajo, y la esfera se derrite, se disuelve, y ellos quedan libres, pueden ya moverse por la Tierra, a cuya atmósfera, naturalmente, han sido adaptados de origen, es decir, desde su fabricación. Pero de todos modos, no importaría, porque son robots. Robots perfectos, provistos de un cerebro alimentado y programado con todos

cuantos datos han conseguido sobre los humanos y sobre nuestro planeta. Pueden resistir cualquier examen físico visual o por medio de nuestros más sofisticados aparatos sin que sea posible detectar su naturaleza inhumana. Así que pueden cumplir su misión sin problema alguno: convertir a los hombres y mujeres más eminentes de la Tierra en simples seres ávidos solamente de amor sexual. Esto está sucediendo en todo el planeta, no sólo con usted. Está sucediendo con reyes, presidentes, generales, altos políticos, economistas, médicos, doctores en todas las ramas, profesores de todas las Ciencias, directores de sectas religiosas de todas las tendencias, instructores mentales, filósofos… ¿Me comprende, profesor?

Giulio de Santi, atónito, asintió con la cabeza.

—Pero… ¿qué…, qué pretenden con eso? —balbuceó.

—Esa es la cuestión: pretenden regir todo el universo.

—¿Qué?

—Regir todo el universo. Desde hace miles de años, los habitantes de Dktwz están… viajando por el espacio y apoderándose de todo sistema de vida en miles de galaxias desconocidas por nosotros. Y durante este tiempo, los habitantes de Kikwtz —movió la cabeza hacia la silenciosa Alida— han sido los únicos que han podido enfrentarse a los de Dktwz…, aunque siempre llevando en definitiva la peor parte. El poder de Dktwz es formidable. Galaxia tras galaxia van apoderándose de todo el universo, con el fin de terminar con todo signo de vida ajeno a sus formas y deseos. El objetivo final es ser dueños de todas las galaxias, del universo entero, como le he dicho. Continuamente, en zonas espaciales fuera de nuestro alcance por medio alguno, se están librando batallas entre los seres de Dktwz, que quieren regir todo el universo, y los seres de Kikwtz —volvió a señalar a Alida—, que sólo desean un universo en paz, respetando la ubicación de cada forma de vida en la zona universal que en principio le fue asignada. Naturalmente, los de Kikwtz no hacen esto solamente para proteger las diferentes formas de vida de todo el universo, sino pensando en que, al mismo tiempo, se protegen a sí mismos, pues el día, el momento en que los seres de Dktwz ya no tengan más enemigos que los de Kikwtz, la guerra espacial entre ellos sería rápidamente concluida. Así, los seres de Kikwtz, van persiguiendo a los de Dktwz por el universo,

aliándose con las diferentes formas de vida de todas las galaxias con el fin de intentar derrotar de una vez por todas a los seres de Dktwz, y conseguir así la definitiva paz en todo el universo conocido y entre las diversas formas de vida que lo pueblan, y cuyo número, según las computadoras de los seres de Kikwtz, superan los cien trillones de trillones, si bien sólo una reducida parte de esas formas de vida tienen lo que nosotros llamamos inteligencia, y algunas de esas formas ni siquiera son conscientes de que tienen vida. Simplemente, están en el espacio, y los de Kikwtz piensan que con el mismo derecho que todas las formas de vida inteligente. Hay... sitio para todos —Bruno sonrió, como burlándose de sí mismo—. Sé que esto es increíble, profesor, pero así están las cosas. Ahora le ha tocado el turno de vasallaje a la Vía Láctea, y con ella, claro está, al planeta Tierra, el cual tiene... un papel muy principal en todo el proceso.

Giulio de Santi movió la cabeza, fascinado.

—¿La Tierra? —de pronto sonrió—. Vamos, Bruno..., ¡la Tierra es solamente un... una minúscula motita de polvo en la Vía Láctea!

—Es cierto. Pero está habitada por nosotros, que estamos en el quinto lugar en el escalafón de vida inteligente de la galaxia. No propiamente en la capacidad de inteligencia, que en eso somos los más favorecidos, los más desarrollados, sino en la capacidad de uso de la inteligencia. Es decir, que somos los seres más inteligentes de la Vía Láctea, pero usamos nuestra inteligencia de modo adecuado sólo en quinto lugar, por detrás de otras cuatro inteligencias inferiores.

—¿Cómo es posible eso? —rechazó De Santi—. ¡Si somos los más inteligentes...!

—Las guerras y las ambiciones. Esas cuatro inteligencias intrínsecamente inferiores a la nuestra, han encontrado ya su modo de vivir en paz y en un... sistema social adecuado. Ni siquiera disponen de armas, ni tienen sistema de ejecución alguno. Por eso, serían presa fácil para los seres de Dktwz una vez la Tierra hubiera sido sometida. Pero la Tierra dispone de armas poderosas, secretas para los terráqueos, pero bien conocidas en las otras galaxias. Si los de Dktwz atacan, saben que serán rechazados, o, cuando menos, podría organizarse una batalla espacial de tal envergadura que la Vía Láctea entera se disolvería como polvo en el universo. Y ellos

quieren la Vía Láctea, y para dominar la Vía Láctea han de dominar antes la Tierra. Pero no por medio de un enfrentamiento armado, pues temen nuestros poderes ocultos. Así que han enviado... un falso amor desde las estrellas. Un amor tan... intenso, de tan grandioso placer...

—¿Cómo sabes tú eso? —jadeó De Santi—. ¡No puedes saber lo que significa amar con una mujer como Gretel...!

—He amado y sido amado por un... robot como Gretel, profesor. Fue programada para bloquearme a mí, para impedirme acudir en ayuda de usted, precisamente uno de los seres más importantes del planeta porque, con sus estudios de ultragenética, quizá podría llegar a descubrir, en algún momento, que ese amor enviado desde las estrellas nos lo estaban proporcionando robots. Mas no es usted sólo quien fue sometido al amor. Sé ahora que los profesores Igor Machivian, ruso, y Ferenc Zalohy, húngaro, están viviendo el amor llegado de las estrellas. Y el químico Aquiles Puget, de Canadá. Y el filósofo Desmond Archer, de Inglaterra. Y el cirujano Javier Soriano, de España... ¡Los robots del amor están ya en todas partes..., y siguen llegando! Dentro de muy poco, cuando Alexander des Moines se cerciore de que todos los mandos y todas las mentes creadoras y analíticas del planeta están bajo el control del amor por medio de los robots que esclavizan a presidentes, militares, etcétera, avisará a los de Dktwz de que sus naves principales pueden aterrizar en nuestro planeta.

—¿Quién es Alexander des Moines? —preguntó sorprendido De Santi.

—La oveja negra de la Tierra: quiere ser el amo de nuestro planeta, y a cambio de tan minúscula porción de poder en el universo, hace tiempo que está ayudando a los seres de Dktwz. Des Moines está introducido en los altos poderes del planeta, conoce las armas que los demás terrestres no conocemos... Cuando sepa que los robots de ambos sexos están controlando a quienes controlan el uso de esas armas, habrá llegado el momento final: la invasión de la Tierra, y, acto seguido, el control de la Vía Láctea por los seres de Dktwz. De modo que, a falta de cosa más factible de realizar, debemos... ocuparnos del señor Des Moines.

—¡Ocuparnos de él! —exclamó De Santi—. ¿Qué estás tratando de decir?

—Me voy a Miami, profesor; allá tiene su cuartel general Alexander des Moines.

—Pero ¿qué piensas hacer?

—No lo sé aún.

—Bien, pero..., pe..., pero... No sé... Bueno, habrá que preparar tu viaje, y...

—Tengo resuelto ese pequeño problema —sonrió Bruno—; puedo estar en Miami en cinco o seis segundos. Viajando con Alida, claro.

Giulio de Santi se pasó las manos por la frente.

—Todo esto... es absurdo e increíble... ¡Lo único cierto y doloroso para mí es que Gretel ha muerto! Lo demás... ¡Lo demás ni siquiera acepto creerlo, Bruno, ésa es la verdad!

—¿No me cree usted? —se sorprendió Bruno—. ¿Por qué?

—¡Porque no puedo! ¡Por Dios, tienes que darte cuenta de que todo esto... es inadmisible!

—Acabo de llegar desde una nave especial cuyo tamaño ni siquiera ha sido... imaginado por los escritores de ciencia ficción. He viajado a mil kilómetros por segundo. He visto abierto uno de esos robots del amor. Tiene usted delante a Alida, es decir, a Ssatkw... ¿Qué más quiere para creer?

—No sé... ¡No lo sé, Bruno!

—Profesor De Santi —croó Alida—; ¿aceptaría usted la realidad si la viese con sus propios ojos?

—¡Naturalmente!

—De acuerdo. Además de mí misma, puede usted abrir el cadáver de su robot de amor, y comprobará...

—¡Nadie tocará a Gretel! —gritó De Santi—. ¡No permitiré que nadie...!

—Cálmese. De acuerdo, no tocaremos ese robot. Y como parece que mi sola presencia no es suficiente para convencerlo de que lo dicho por Bruno es cierto... ¿aceptaría usted dar un... paseo con él y conmigo dentro de mi nave de misión?

—¿Quiere decir... volar a mil kilómetros por segundo?

—Sí. Y ver algo que tendrá que convencerlo definitivamente. ¿Quiere usted venir, profesor De Santi?

* * *

Pareció talmente que del cielo se desprendiese una estrella.

Giulio de Scanti la estaba mirando, fascinado. No tenía más remedio que creerlo, pues lo estaba viendo, a través del visor del vehículo espacial de Alida, aquella especie de pantalla que Bruno había creído en determinado momento que podía ser de televisión.

Tenía que creerlo, pues estaba viendo descender la estrella. Como tenía que creer que habían viajado a mil kilómetros por segundo, y que en aquellos momentos la pequeña nave de Alida estaba casi completamente hundida en las nieves perpetuas de uno de los más altos picos del Himalaya, de tal modo que sólo el visor quedaba fuera de la nieve.

Quizá estaban a cincuenta grados centígrados bajo cero. O a más. En la diáfana noche del exterior debía hacer un frío monstruoso. Alida había conectado la admisión de sonidos, y dentro de su nave de misión se oía un silbido que producía escalofríos. Era un silbido que parecía formar parte del silencio, pensó De Santi. Un silbido de silencio de muerte.

No teman frío allí dentro, sin embargo. Alrededor de ellos se extendían enormes mantos de nieve, y a grandes distancias se veían las agudas crestas nevadas que parecían azules. Como enormes seres azules petrificados por el espantoso frío. Giulio de Santi, profesor de ultragenética, genio mundial, premio Nobel, cerebro de primera fila del planeta Tierra, llegó a la conclusión de que no sabía nada de nada. Jamás había imaginado que los altos picos de la Tierra fuesen así, como gigantes petrificados inmersos en aquel silencio que parecía crear un silbido de viento y de agonía. Cuando, en ocasiones, había escuchado noticias respecto a que tal o cual personaje había escalado tal o cual pico, siempre se había encogido de hombros. «Bueno, ¿y qué? —decía siempre—; no es el planeta lo que importa, sino el ser que lo habita.»

Ahora temía haberse equivocado, porque..., ¿acaso los seres que habitan el planeta Tierra no son una consecuencia de éste? Todo cuanto hay en el planeta Tierra ha sido generado por éste, en grandiosa diversidad de formas, desde el pez de las profundidades abisales hasta el pájaro capaz de volar más alto hacia las estrellas... Así pues, la Tierra era lo importante. De pronto, se imaginó a la Tierra como una gran matriz produciendo hijos incesantemente. Hijos de todas formas, de todas características, de todos los tamaños, de todos los colores. ¿Cómo admitir, entonces, que la

Tierra, aquella Madre colosal, sólo tuviese hijos en las zonas llamadas cálidas? ¡Debía tener también hijos allá arriba, en aquel silencio que a él le parecía de muerte, y que, simplemente, sólo podía ser otro lugar donde la Madre colocaría sus hijos incesantes!

La Tierra..., ¡la Tierra era lo importante! Tendría que estudiar geología y todos sus derivados. Quizá encontrase en alguna parte lo que podrían ser los... ovarios de la Tierra. Ah, pero..., ¿y el semen, el polen, la simiente? ¿De dónde procedía la simiente que hacía germinar hijos en la Tierra? Bueno, ¿y por qué se sorprendía tanto? ¿Acaso no sabía perfectamente que el cuerpo humano, y el de los animales, contienen sustancias cuyo origen está en la Tierra? ¡Ah...! ¡Qué gran revelación estaba teniendo! Dedicaría el resto de su vida a buscar los ovarios de la Tierra, el origen de todo...

Parpadeó de pronto, sobresaltado.

La estrella que se había desprendido del cielo estaba adquiriendo un tamaño increíble.

Increíble.

La estrella había llegado por fin a aquel lugar. Se había detenido a cierta distancia, estaba suspendida, inmóvil. Refulgía con la tonalidad de las estrellas...

—¿No te detectarán? —oyó preguntar a Bruno.

—No —replicó Alida—; estoy en sistema refractario, no pueden recibir señales de mi presencia. Lo único que podrían hacer es verme, como ocurre en el espacio, pero no pueden detectarme.

Giulio de Santi murmuró:

—¿Esa nave es de Dktwz?

—En efecto.

—¿Podría usted destruirla?

—Sí, pero eso no solucionaría nada.

—¿Cómo que no? —gruñó Bruno—. ¡Destruirías las esferas que sin duda lleva en su interior!

—No. Las esferas, o cápsulas, son herméticas e inmunes a nuestro fuego salvo que el disparo incida en ellas en perfecta vertical, lo que es casi imposible. Intentaron construir sus naves con el mismo material, pero éste sólo dispone de esas propiedades en la atmósfera terrestre, no les dio resultado en el espacio abierto..., por suerte para nosotros. Para todos nosotros. Esas esferas adquieren un calor determinado cuando sobrepasan la velocidad establecida para

el desplazamiento en la Tierra, y luego se disuelven. En el espacio serían asfixiantes para ellos... ¡Ya empiezan a salir!

Giulio de Santi, y por supuesto Bruno, miraron de nuevo hacia la nave espacial, desde la cual, por el sistema de escucha exterior, les había estado llegando aquel -silbido intermitente, tuí-tuí-tuí-tuí-tuí... Ahora el silbido había cesado, y, en efecto, por la base de la suspendida nave comenzaron a aparecer esferas, rápida y suavemente, en gran cantidad, que fueron esparciéndose ordenadamente alrededor de la nave madre.

—Pero si ya tienen cientos de miles de robots en la Tierra, ¿para qué quieren más? —susurró De Santi

—Quieren asegurarse bien, simplemente. Posiblemente, en estos momentos completarán el millón de robots en la Tierra, ya que no están descargando solamente aquí, profesor. Este es sólo uno de los puntos elegidos...

—¿Oyen esa musiquilla? —exclamó Bruno—. ¡Es la misma que oí cuando conocí a María! ¡La misma!

—Yo también la conozco —murmuró De Santi—. La oí cuando conocí a Gretel, sí...

—Es deliciosa.

Giulio de Santi aspiró profundamente. Seguía mirando la gran cantidad de esferas que iban saliendo de la nave espacial. Ya no estaba asombrado, no sentía nada..., salvo el profundo dolor de haber perdido al ser que más había amado en su vida.

—Nunca volverá a amarme —susurró mirando a Alida—; usted la mató.

—No es eso propiamente —rechazó Alida—; sólo está anulada. Estará realmente «muerta» sólo dentro de cien días terrestres, cuando sus circuitos cerebrales, por falta de recarga energética, se hayan agotado. Mire, ahora puede verlos bien, cada vez están más cerca de nosotros, esparciéndose.

Giulio miró las esferas, que, en efecto, estaban muy cerca ya. Pronto distinguió dentro de las esferas hermosos hombres de raza asiática y árabe y negra. Y mujeres. Hermosísimas muchachas desnudas, de cuerpos como de porcelana y ojos oblicuos, de bonitos labios que se dulcificaban con una sonrisa. Eran preciosas, delicadas, maravillosas. La musiquilla celestial lo llenaba todo.

—Cuesta creer —susurró— que todo esto esté encaminado

solamente a conseguir el mal.

—¿Que quiere decir? —lo miró Bruno.

—Que sería hermoso que este amor llegado desde las estrellas fuese auténtico.

—Ustedes están recibiendo auténtico amor por parte de nosotros —dijo Alida—, pero no lo perciben debido a sus computaciones mentales. Para ustedes, la belleza está solamente en las formas y señales que han estado aprendiendo durante tanto tiempo. En cierto modo, también están programados, como esos robots; sólo admiten la belleza en aquellas formas que aprendieron que son bellas. Y así, descuidan el desarrollo de su capacidad para asimilar otras formas de belleza. Sólo es bello lo que se ha establecido que es bello. Pero, naturalmente, su definición y conclusión sobre la belleza no es ni definitiva ni real. ¡Hay miles de formas de belleza que no saben ver, porque no han sido preparados para verla!

—¿Por ejemplo? —preguntó Bruno.

—Nunca lo entenderás hasta que percibas mis efluvios de bondad, Bruno. Pero hasta el momento, tus ojos están engañando a tu mente: ves un ser desagradable según vuestros cánones; luego no puede haber belleza en ese ser; y no habiendo belleza en ese ser, no puede inspirarte bondad o amor. En verdad, vuestros sistemas emocionales son rudimentarios, egoístas y, por si fuera poco, artificiales. Yo he visto seres, en otras galaxias, de una belleza abrumadora…, pero a vosotros sólo os parecerían… pequeñas monstruosidades vivientes. Y no es así: es que vosotros veis lo que os han enseñado erróneamente a ver.

—Lo que significa —sonrió Bruno— que si yo no me dejase engañar mentalmente por lo que ven mis ojos, podría llegar a encontrarte hermosa a ti, Alida.

—*Soy* hermosa —dijo Alida—. Y peor para ti si no sabes verlo.

Giulio de Santi escuchaba la conversación, pero mirando las esferas, que ahora se estaban tornando negras, opacas. Ya no veía a los bellos ejemplares que contenían. Eran sólo bolas negras, que se iban elevando un poco, parecían tomar posición, y salían disparadas a gran velocidad en todas direcciones…

Finalmente, las últimas desaparecieron. De nuevo se veía en todo su gigantesco tamaño la nave espacial…, que a su vez, en un instante, emprendió el regreso hacia las estrellas, como succionada

por el negro espacio sideral.

—Espero, profesor —dijo Alida—, que esté usted plenamente convencido.

—No podría ser de otro modo —asintió De Santi—. Pero me pregunto qué vamos a hacer ahora.

—Yo lo haré —dijo en seguida Bruno—. Y sólo si fracaso, profesor, informará usted al mundo de lo que está ocurriendo.

—¿Informar al mundo? —De Santi se echó a reír—. ¡Dirían que me había vuelto loco, Bruno!

—Sé que usted podría controlar la situación. Ahora vamos a regresar a Italia. Luego Alida y yo iremos a Miami....

CAPITULO V

En Miami, Bruno Rossi no tuvo ninguna dificultad en averiguar dónde vivía Alexander des Moines, pues no sólo era harto conocido, sino que su dirección constaba en la guía telefónica. Esta pequeña investigación le pareció innecesaria a Alida, pues ella sabía que el norteamericano tenía su residencia principal en una grandiosa y secretamente fortificada quinta en Los Everglades, rodeada de lagos y pantanos, y cuyas vías fluviales de acercamiento estaban férreamente vigiladas por hombres que patrullaban en lanchas.

Así, lo que para los norteamericanos era una excentricidad del multimillonario Des Moines, para Bruno Rossi se convirtió en una seria dificultad, ya que su esperanza de encontrar a Des Moines en la propia Miami no se cumplió. El señor Des Moines residía la mayor parte del tiempo en su quinta de Los Everglades, le informó a Bruno una bellísima secretaria de sus oficinas en un edificio de Collins Avenue, en Miami Beach.

—¿Y usted, dónde reside? —sonrió Bruno, disimulando su contrariedad.

La muchacha era pelirroja, y tenía unos preciosos ojos verdes que contemplaban con creciente interés al visitante que no había solicitado previa cita.

—Usted no es americano, ¿verdad? —preguntó, sonriendo a su vez.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó cómicamente Bruno.

Ella se echó a reír.

—Habla usted un inglés demasiado inglés —aclaró—. Quiero decir que no habla usted el inglés nuestro.

—Es usted verdaderamente aguda —aduló Bruno—. Y volviendo al interesante tema anterior: ¿dónde reside usted?

—En Miami, naturalmente.

—Estupendo. Mire, me encuentro en un problema. Estoy solo en Miami, no conozco la ciudad, y por si fuera poco acabo de enamorarme de usted. ¿Cómo podríamos solucionar eso?

La pelirroja, que lo miraba atónita, se echó a reír de pronto.

—¡No le veo una solución fácil, francamente! —exclamó.

—Las soluciones siempre son fáciles. Lo difícil es siempre el problema, ¿comprende?

—Me parece que no muy bien —negó la muchacha. —¿Dos y dos?

—Cuatro —rió ella de nuevo.

—Muy bien. ¿Y 39.394.848.474 elevado a la 38.384 potencia?

—¡Cielos, no tengo ni idea! —se aterró la muchacha. —¿Lo ves? Es el problema lo difícil, no la solución, ¿A qué hora sale usted de esta magnífica jaula de oro?

—A las cinco... ¿Por qué?

—Me gustaría invitarla a un helado.

Ella volvió a reír.

—¿Eso solucionaría sus problemas? —pregunto.

—Digamos que podría ponerlos en vías de solución.

—No veo cómo.

—Sí, mujer... Yo la invito a un helado, charlamos, simpatizamos, luego vamos a cenar y a tomar unas copas, puede que incluso llegásemos a besarnos, ya sabe... Y entonces, cuando la tengo en el bote, le pregunto: «Querida, ¿cómo puedo conseguir que el señor Des Moines me reciba, sea donde sea?»

De nuevo estaba atónita la pelirroja. Y de nuevo soltó una carcajada al reaccionar.

—Me parece que no va a conseguir usted nada, señor... ¡Ni siquiera me ha dicho su nombre!

—Bruno Delloro. Atención: se pronuncia Del-oro. Pero será más fácil para usted si me llama Bruno. ¿Cómo debo llamarla yo a usted?

—Señorita Masón.

—Señorita Masón... Bueno, no me parece muy apropiado para mis sueños, francamente. Estoy seguro de que esta noche voy a soñar con usted, y me parece un poco tonto decir «señorita Masón»... Espero que comprenda esto.

—Mi nombre es Debbie, señor Del-oro. Deborah.

—*Okay*, Debbie. Podríamos...

—Señor Del-oro —le interrumpió ella—; es usted guapo, desenvuelto y simpático. Y hasta creo que inteligente. Pero no va a conseguir nada por mi mediación. Hay unas normas para ser recibido por el señor Des Moines, y yo tengo que respetarlas.

—¿Cuáles son esas normas?

—Yo puedo, eso sí, proporcionarle un impreso en el que deberá usted contestar a una serie de preguntas, tales como su nombre completo, procedencia, residencia actual, edad, ocupación, varias cosas más, y, sobre todo, - los motivos por los que usted desea ser recibido por el señor Des Moines. Ese impreso debe ser enviado a los asesores del señor Des Moines, y si éstos consideran conveniente recibirlo, lo harán, para un segundo confrontamiento que quizá diese como resultado que, finalmente, el señor Des Moines le recibiese a usted.

—De acuerdo. Rellenaré ese cuestionario. ¿Cuánto tiempo calcula que tendré que esperar para ser recibido?

—Con suerte, y suponiendo que su asunto sea mínimamente interesante para el señor Des Moines, no menos de seis meses.

—¿Qué? —casi gritó Bruno.

—Lo siento. Yo soy sólo una empleada de la Des Moines Enterprises. Espero que comprenda esto —le devolvió la frase.

—Es una atrocidad.

—Quizá. De todos modos, señor Del-oro, sigo saliendo a las cinco de la tarde.

—¿Y si yo me conformase simplemente con hablar por teléfono con el señor Des Moines?

—Su llamada sería sometida a una criba tal que desistiría usted. El señor Des Moines, por otra parte, sólo habla por teléfono con sus más adictos y cercanos colaboradores. Posiblemente, se gastaría usted un millón de dólares en teléfono... y acabaría por desistir, de todos modos.

—No me alienta usted mucho, la verdad.

—No en eso..., pero acabo de decirle que salgo a las cinco de la tarde pese a todo. Quizá no me ha oído.

—Espero que haya buenos helados en Miami —dijo, guiñando un ojo.



Debbie le había rodeado el cuello con sus deliciosos bracitos que parecían de seda, y correspondía al beso con todo entusiasmo, acariciando con su lengua la de Bruno. Este había deslizado una mano por el escote de la blusa, y sentía en la palma el tibio contacto de los turgentes pechos de la pelirroja, y, sobre todo, el endurecido y ardiente tacto de los pezones.

Por fin, ella se separó, suspiró, y se apartó un poco, para mirarlo, muy abiertos los ojos.

—¡Cielos! —jadeó—. ¡Qué modo de besar...!

—Y eso que estoy desentrenado —sonrió Bruno.

Debbie rió. Lo miraba como fascinada, recorriendo las viriles facciones del italiano, su frente insólitamente amplia y despejada, su recia barbilla.

—Tienes aspecto de intelectual —susurró Debbie.

—Lo soy; me sé de memoria *Alicia en el País de las Maravillas.*

Debbie volvió a reír, quedamente. Estaban en el coche de ella, con el que, después de tomar el helado y cenar, habían decidido dar un paseo bordeando la playa. Se habían detenido, finalmente, frente al mar, en un lugar solitario hacia el sur de Miami. Sólo veían el mar y las palmeras que formaban una orla móvil en la playa.

De pronto, Debbie deslizó una mano hacia el pantalón de Bruno y susurró:

—¿Quieres que pasemos al asiento de atrás?

—Debbie, estoy demasiado preocupado... Hago todo lo posible por olvidarlo, pero no puedo. ¡Tengo que llegar hasta el señor Des Moines!

—¿Es muy importante para ti? ¿Realmente?

—Realmente. No creas que pretendo sacar partido de esta... agradable situación —mintió cachazudamente Bruno— tan agradable para los dos, pero me estoy preguntando si tú no podrías hacer algo al respecto. ¿De verdad no puedes?

—Bruno, soy sólo una secretaria de recepción...

—Eres el primer paso para conseguir ponerme en camino hacia Des Moines. Creo que podrías hacer algo si quisieras.

—Quizá podría, sí —asintió Debbie—, pero no me atrevo... ¡Ni siquiera sé qué quieres del señor Des Moines, qué vas a proponerle!

—No te molestes, Debbie, pero es algo... ajeno a todo lo que

podrías valorar por ti misma.

—¿Crees que soy una tonta?

—¡No! Oh, vamos, no he querido decir eso —Bruno se estremeció ligeramente cuando la mano de ella, tras bajar la cremallera de su pantalón, se introdujo en éste—. No creo que seas tonta, de veras. Pero el asunto escapa a todo cuanto tú podrías valorar.

—Bruno, no puedo hacer nada sin saber qué quieres... Y te lo explicaré. Si hago lo que podría hacer, es decir, adelantar tu cuestionario a todos los que llevan meses esperando, de modo que quizá en una semana serías recibido, ellos se darán cuenta de mi iniciativa. Si mi favoritismo hacia ti les produce beneficios de cualquier clase, elogiarán mi «inteligente» iniciativa. Si por el contrario, sólo les haces perder el tiempo, yo perdería mi empleo. ¡Y francamente, es demasiado bueno para arriesgarme a ciegas!

Bruno la miraba fijamente, sintiendo ahora la mano de ella en su miembro viril, acariciándolo suavemente, y provocando una rápida erección, más completa que las anteriores.

—Creo que no debo decírtelo —susurró Bruno—. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que me ayudes?

Sin dejar de acariciarle, Debbie adelantó el rostro, y le besó en la boca, ávidamente, hundiendo su lengua. Su mano se movía suavemente, y Bruno comenzó a sentirse inquieto de verdad. Bueno, ella estaba deseando algo, y él podía dárselo..., y quizá convencerla así de que debía ayudarle. Volvió a acariciarle los pechos, pero ella se desasió de pronto y susurró:

—En el asiento de atrás... ¡No! ¡Mejor en la playa!

Le soltó y salió del coche. Bruno salió también, la abrazó por la cintura, y caminaron hacia las palmeras. De pie junto a una de éstas, se abrazaron, y volvieron a besarse. Debbie extrajo del pantalón el miembro viril, reanudando sus caricias, y apretándose contra él. Deslizó su boca por la barbilla de él, por el cuello, y jadeó junto a su oído:

—Estoy ardiendo...

Bruno la tendió sobre la arena, y ella misma subió la falda hasta la cintura, y se quitó rápidamente la braguita, mientras Bruno le desabrochaba completamente la blusa. Se quedó mirando, fascinado, los magníficos pechos de Debbie Masón. Bueno, era un

modo muy agradable de encauzar su camino hacia Alexander des Moines...

Besó los endurecidos pechos de la muchacha, mordisqueó los pezones. Ella gemía y se estremecía, le temblaban los labios...

—Oh, Bruno, ¡ya! —jadeó.

Sus muslos se habían separado con un. gesto brusco, espasmódico. Bruno los besó, y los sintió vibrar...

—¡Ya! —gimió Debbie.

Bruno Rossi no se hizo rogar más. Se instaló entre los ardientes muslos de seda, tensos, espléndidos. Notó la mano de ella en su miembro. Ella lo guió, acudió a su encuentro alzando las caderas. Bruno se tensó al entrar en contacto total con la húmeda puerta del amor. No tenía por qué esperar más. Se dejó caer, y la penetración fue profunda, total. Debbie emitió un gemid.) de placer, y comenzó a moverse, sin dejar de gemir y suspirar...

...Y Bruno Rossi sintió un escalofrío de placer cuando en el acto percibió el primer orgasmo de ella y el inicio del suyo. ¡Era un placer inmediato y grandioso, sobre todo porque recibía aquellas caricias interiores, aquella succión deliciosa, aquellos besos que parecían prodigarle en su miembro las tiernas delicias interiores de Deborah Masón...!

La revelación, tan inesperada, fue como un mazazo en su cabeza.

Intentó separarse de Debbie, pero ella no sólo se abrazó a él en busca de otro orgasmo, sino que, dentro, la conexión era total, indestructible, como si sus sexos hubieran quedado soldados.

—No —jadeó Bruno—. ¡No!

Pero, a su pesar, le llegó la oleada de placer, el cálido torrente que hizo gemir de gozo a Debbie Masón. Por unos pocos segundos, debido al placer, la mente de Bruno fue incapaz de reaccionar, quedó anulada. Todo él era un estallido tremendo de placer indescriptible.

—Ma...ría —jadeó—. ¡María!

Debbie estaba jadeando de nuevo su placer, agarrada a él fuertemente, agitándose. El espasmo de Bruno terminó, y su mente, por un instante, volvió a funcionar en otros campos vitales..., pero fue sólo un instante, porque de nuevo aquella succión le estaba produciendo la llegada del placer, de nuevo el nombre de María

acudió a sus labios entre gemidos... Y cuando este placer terminó, la mente de Bruno volvió otra vez a la realidad: no estaba con Debbie Masón, ni con María, sino con otro ser que había llegado desde las estrellas para...

El siguiente orgasmo fue terriblemente largo y placentero. La mente de Bruno Rossi comenzó a nublarse en todos sus campos de consciencia; solamente quedaba en él el instinto sexual, el deseo de conseguir interminablemente aquel placer fantástico que inundaba vez tras vez su cuerpo. Sólo en el fondo de su mente había todavía leves vibraciones de alarma y rebeldía, pero esas vibraciones eran cada vez más lentas y débiles... —Ma...ría, mi... vida...

De nuevo todo estalló deliciosamente. Otra vez volvió a funcionar el sistema de vibraciones de alarma, de rebeldía, pero Debbie Masón seguía moviéndose incansablemente, gozando y haciéndole gozar a él de aquel modo fabuloso, increíble, inhumano...

¡Inhumano!

Todavía con un último resto de consciencia, Bruno Rossi intentó separarse de Debbie Masón, pero la succión no sólo era poderosísima, sino ¡tan dulce!

Y de pronto, cuando la última vibración de alarma y rebeldía comenzaba a desvanecerse en la mente de Bruno, ante sus párpados cerrados apareció aquel resplandor verde. Se sintió como envuelto en luz verde, y bajo su cuerpo el de Debbie brincó, se tensó, se estiro violentamente.

Acto seguido, quedó inerte.

Durante dos o tres segundos, Bruno permaneció sobre el mórbido cuerpo de Debbie Masón, jadeante, sudando por la resistencia mental que estaba oponiendo a aquel disfrute sexual, casi mareado... Se dio cuenta de que la succión ya no existía, ni sentía las caricias ni los besos interiores... Lanzó una exclamación, y se puso en pie de un salto. Vio el resplandor verde cerca de él.

—¡Alida! —jadeó.

Alida tenía extendido el brazo derecho, apuntando hacia la carretera donde había quedado el coche. De su mano brotó otro relámpago verdoso, y el sobresaltado Bruno siguió su trayectoria volviendo rápidamente la cabeza. Al resplandor del relámpago, vio tres hombres que se acercaban corriendo; uno de ellos recibió la

descarga del diminuto relámpago, y se desplomó, rodando sobre la arena. Los otros dos se detuvieron, y Bruno vio cómo estiraban sus brazos.

Vio los fogonazos en sus manos.

Oyó los apagados chasquidos de disparos efectuados con silenciador. Por encima de su cabeza una bala perforó el aire con seco crujido. La otra bala impactó blandamente en su muslo izquierdo, le sacudió la pierna..., y Bruno Rossi se encontró sentado en la arena, junto al cadáver de Debbie Masón. De momento ni siquiera le dolió, le pareció sólo eso, un golpecito en el muslo. O quizá como un pellizco...

Mientras tanto, el relámpago verde volvió a relucir por dos veces más, rápidamente, casi formando uno solo, y los dos hombres armados de pistolas se crisparon y se desplomaron acto seguido. Bruno sintió entonces como un auténtico mordisco furioso en el muslo, y lanzó un quejido.

Alida apareció ante él.

—Vámonos —dijo—; quizá alguien haya visto el resplandor de mis disparos.

Bruno intentó ponerse en pie, pero no pudo. Alida le ayudó con uno de sus largos brazos, y luego Bruno se apoyó en un hombro de ella, pensando remotamente que era como apoyarse en un bastón. Un bastón de un metro de altura, bamboleante, de desplazamiento torpe. Estuvo a punto de rodar varias veces por la arena, pero siempre conseguía mantener el equilibrio. La pierna le pesaba una tonelada, y sentía el roce del pantalón manchado de sangre. Bueno, al menos su sangre era de verdad, no como la de Debbie Masón.

Casi tropezó, de pronto, con el vehículo de Alida, ubicado a la sombra de una palmera sobre la arena. Desde la carretera llegaba resplandor de faros de coches. En alguna parte se oían voces. Aparecieron los haces de luz de un par de linternas, que apuntaban hacia la playa, allá donde habían estado él y Debbie. Es decir, que, efectivamente, alguien había visto el resplandor de los relámpagos disparados por Alida.

—Sube —decía ésta.

Bruno saltó al interior del vehículo, y Alida se colocó en su sitio. La tapa se cerró.

Cinco segundos más tarde sabía que estaba a cinco mil

kilómetros sobre el planeta Tierra.

CAPITULO VI

—O sea —terminó Bruno, malhumorado—, que Alexander des Moines está rodeado de cientos de robots que tienen como misión impedir que nadie se acerque a él.

—No estamos seguros de que todos sus colaboradores sean robots —replicó Alida—. Desde luego, lo era esa mujer que tú llamas Debbie Masón, y lo eran los tres hombres que os estuvieron siguiendo en todo momento.

—Es decir, que desde el primer momento se me tendió una trampa.

—A ti y a cualquiera que intente acercarse a ese terrícola que pretende ser el amo de vuestro planeta. Primero se permite el acercamiento, se le interroga, se enteran de lo que el visitante desea de Des Moines..., y si se le considera peligroso, se le elimina. El robot del amor Debbie Masón quería saber qué pretendías tú exactamente.

—Y para ello estaba utilizando el amor. Finalmente, habría conseguido que yo se lo dijera, dominado por el amor y entonces...

—Entonces, habría llamado con una simple emisión de onda de sus circuitos a los tres hombres, y te habrían matado allí mismo. Por suerte para ti, yo estaba cerca, y ella recibió la señal de alarma, que se reflejó en sus congéneres.

—¿Y qué hacías tú allí? —la miró expectante Bruno—. Habíamos convenido que me esperarías en tu nave, en aquel lugar donde nadie podría verla.

Alida no contestó. Bruno estuvo mirándola fijamente unos segundos, pero comprendió que no iba a obtener respuesta.

Sabía que la nave de Alida no se movía ahora. Simplemente, estaba suspendida en el espacio, inmóvil, mientras ellos

conversaban en busca de una solución al problema. Había una solución que era por demás simple: descender con la nave de Alida en la mansión de Alexander des Moines en Los Everglades, inmune el vehículo a cualquier ataque convencional de que pudieran disponer los robots de Des Moines..., y matar a éste.

Pero tal solución había sido desechada, en principio. La muerte de Des Moines sería comunicada por los robots a la nave madre que recibía todos sus mensajes y, a la vez, alimentaba sus circuitos. Y una vez muerto Des Moines, posiblemente los seres de la estrella Dktwz decidieran que el plazo de espera había terminado, y procedieran a la invasión de la Tierra de una vez por todas, para instalarse allí y organizar su gran base bélica en toda la Vía Láctea. Esto podía ser, también, el fin de la contienda con los seres de la estrella Kikwtz, con lo que Alida y todos sus congéneres serían definitivamente eliminados del universo.

Por lo tanto, era mejor la otra solución, la que Bruno Rossi había ideado. Sólo que, para ello, tenía que llegar hasta Des Moines.

Miró su pierna herida. No le dolía. Alida había cortado la pernera del pantalón, dejando al descubierto toda su pierna. Bruno todavía estaba perplejo por el modo en que ella había sacado la bala, incrustada cerca del hueso, al que, por fortuna, no había interesado. Para la extracción de la bala había utilizado un pequeño tubo que sacó de uno de los compartimientos del tablero de mando, y que resultó ser un imán; sólo había tenido que introducir el tubo en la herida, Bruno sintió un leve tirón, y la bala fue extraída. Acto seguido, para mayor asombro por su parte, la herida había sido cauterizada

con una breve descarga de aquel rayo verdoso que disparaba lo que podía denominarse pistola, y que era sólo un triángulo metálico; bastaba oprimirlo para que el pequeño relámpago apareciera. Ahora, donde debía tener una herida, Bruno tenía una fresca y todavía tierna cicatriz.

—Bien —dijo de pronto—, ¡algo tendremos que hacer!

Alida, que también había quedado silenciosa, lo miró. —Podría llevarte con mi nave, sin riesgo alguno, hasta la quinta de Alexander des Moines. Mientras estuvieses dentro nada podría ocurrirte, pero en cuanto salieras te matarían.

—Parece que no nos están dejando más alternativa que la de

matar a Des Moines.

—No cuentes conmigo para matar, Bruno. Una cosa es anular los circuitos de robots, y otra cosa es eliminar una auténtica vida del universo. Además, ¿de qué serviría matar a ese terrícola? De nada.

—Bueno —masculló Bruno—, bien que os matáis entre vosotros, entre los de Dktwz y Kikwtz.

—Es cierto, pero ésa es una vieja cuestión de supervivencia de una forma de vida en el universo. De todos modos, no estoy buscando disculpas: está mal hecho. Nosotros también hacemos cosas que no están bien, y nos gustaría dejar de hacerlas, pero eso sólo podrá ser cuando los de Dktwz desistan de sus propósitos, o nos eliminen, o los eliminemos a ellos.

—No he querido molestarte —murmuró Bruno.

Los extraordinarios ojos verdes de Alida estaban fijos en él, con un dulce fulgor.

—No me has molestado, Bruno, porque simplemente has dicho la verdad.

—¿Sabes una cosa? —sonrió Bruno, un poco fruncido el ceño—. ¡Empiezo a encontrarte ciertos atractivos!

—¿Qué clase de atractivos?

—Bueno, no sé... Bien mirados, tus ojos son preciosos. Y resulta estimulante que tengas tres pechos. Vaya, si tuviese ganas de bromear diría que a mí me falta una mano, no que a ti te sobra un pecho.

—¿No te has preguntado *por qué* las hembras de Kikwtz tenemos tres mamas?

—Pues... no. Francamente, no.

—Las tenemos porque en cada parto tenemos tres hijos.

—Ah... Vaya, entiendo. ¡Y me parece muy razonable! ¿Cada vez tenéis tres hijos?

—Cada vez, no. Sólo una vez. Únicamente podemos parir una vez. Luego, una vez nuestros hijos dejan de necesitarnos, todo nuestro sistema reproductor se atrofia. Es lo que vosotros denomináis como menopausia en las hembras terrestres.

—Caramba... ¡Eso sí que es interesante! Al profesor le encantaría tener conocimientos exactos de vuestra genética. Y a mí también, si no estuviese preocupado por todo esto... Y ya que hablamos del profesor: quizá convendría ir a charlar con él, por si se le ocurre

algo. Y además, necesito unos pantalones, o voy a acabar enseñando el..., los..., la...

—¿Los órganos de reproducción?

—Bueno... Sí, exactamente. Me pregunto... Bueno, nada.

—Te preguntas si los seres machos de Kikwtz tienen lo mismo que vosotros.

—Pues sí, eso me preguntaba.

—Tienen lo mismo, pero no igual. Su pene es de dimensiones más reducidas, y tienen tres glándulas secretoras de esperma; no a la vista, como vuestros testículos, sino en el interior, en el bajo vientre. De todos modos, nuestro sistema para la reproducción es básicamente igual al vuestro.

—Ya... ¿Tú has tenido ya...? ¿Has sido...?

—No. Todavía no he tenido mis tres hijos. Soy demasiado joven para ello. No fisiológicamente, sino emocionalmente... O al menos, así está calculado.

—¿Cuántos años tienes? —se sorprendió Bruno.

—¿Años? ¿Años terrestres? Déjame calcular... Sí, unos dieciséis años terrestres.

—¡Qué dices! —respingó Bruno. —Ese es el cálculo.

—Bueno, en la Tierra, muchísimas hembras ya han tenido relaciones sexuales a esa edad, y, claro, muchas de ellas se convirtieron en madres.

—Lo sé. Bruno, ¿me permites que satisfaga una... curiosidad personal?

—Naturalmente.

Alida adelantó una mano hacia los genitales de Bruno, que respingó. Se quedó mirando aquellos tres dedos que parecían delgadas y finas salchichas, sin uñas, pero con vello, y que buscaban torpemente. Se estremeció. Y Alida retiró la mano rápidamente.

—Dejémoslo —susurró.

—No —susurró también él—. Alida, perdona. No he podido evitarlo. No ha sido asco. Ha sido... una reacción natural. Tu mano no es como las manos que siempre... Lo siento de veras. Pero no quiero que tu curiosidad, que me parece lógica, quede insatisfecha. Por favor.

El mismo abrió su pantalón, facilitando la visión de sus genitales a Alida, que le miraba de nuevo fijamente, con aquella verde

dulzura extraordinaria en sus ojos todo pupila. Bajó la mirada, y de nuevo su mano se adelantó. Los tres dedos se cerraron en torno al alicaído miembro viril de Bruno Rossi, y efectuaron una leve presión. Bruno se tensó cuando, en el acto, se produjo en él la reacción, que lo dejó pasmado: no sólo entró en erección, sino que sintió un nuevo y súbito placer que no quedó concentrado allí, sino que se extendió por todo su cuerpo igual que una ola se desparrama dulcemente por la arena.

Turbado, sin dejar de sentir aquel placer sostenido, miró a Alida de nuevo, y le pareció percibir en sus grotescas facciones una expresión de asombro.

—Es... enorme —susurró Alida—. ¡Es enorme, comparado con los de mi forma de vida! Había visto robots, pero nunca había sentido la reacción de un terrícola. Creía..., creía... Bueno, creía que como los robots, siempre estabais así, grandes...

Alida dejó de hablar con su crepitante voz. Bruno miraba ahora, atónito al límite, los pezones de la extra-terrestre, grandes como pelotas de ping-pong; pero no estaban ahora de un color blancoverdoso, sino que habían adquirido rápidamente un tono anaranjado, muy intenso, bellísimo. Volvió a mirar el rostro de Alida, y le pareció que era un rostro encantador. Sí, eran hermosos aquellos ojos saltones, y era preciosa aquella boca que ocupaba toda la parte inferior del rostro. La ausencia de cabello resultaba de una extrema delicadeza, provocaba un sutil sentimiento de ternura.

Alida seguía acariciando su miembro, y él seguía sintiendo aquel placer que era como el inicio de lo que estaba acostumbrado. Pero no llegaba al punto alto, de modo que se sostenía, suavemente, era como un estado de placer continuo; parecía que jamás fuese a terminar. ¡Qué bonita era la mano de Alida!

Otra vez la miró al rostro. Los ojos parecían ahora dos bellísimas llamas verdes. Cuando miró los pezones se dio cuenta de que habían adquirido un tono aún más intenso, cercano al rojo. Quiso hablar, pero no pudo. Cerró los ojos, y se recostó mejor en el asiento, relajado, tranquilo, siempre sintiendo aquel inicio de placer, que era muy superior al proceso normal, que nunca terminaba.

Alida se movió, y él abrió los ojos, como soñoliento. Ella seguía apretando suavemente su miembro, pero se estaba desplazando hacia él. Bruno vio pasar por encima de las suyas una de las piernas

de Alida, que alguna vez le habían parecido de rana, y que ahora le parecieron maravillosas, suaves... Alida quedó sentada sobre su regazo, con una pierna a cada lado de las suyas juntas. Bruno vio ante sí los bellísimos senos, los subyugantes pezones ahora completamente rojos, y los besó. Sintió en su boca un calor delicioso cuando absorbió uno... Todo el cuerpo de Alida tembló sobre él.

Bruno Rossi se sentía feliz como nunca en su vida. Felicísimo.

Era una sensación de felicidad nueva, desconocida. Se sintió inundado de placer cuando del pezón de Alida brotaron unas gotitas de exquisito líquido, que tragó. Era mejor que el más fino almíbar. Sus manos comenzaron a acariciar dulcemente los tres senos, pasando delicadamente de uno a otro. Engulló otro pezón, y Alida volvió a estremecerse.

La idea remota de que ella estaba teniendo orgasmos llenó de felicidad y alegría a Bruno Rossi.

Del segundo pezón brotaron también las gotas de dulce líquido exquisito, y Alida se estremeció otra vez. No brotaba de su boca sonido alguno, ni tan siquiera un jadeo, un suspiro. Pero cuando Bruno absorbió el tercer pezón, la extraterrestre volvió a vibrar, con más fuerza que las veces anteriores.

Bruno se sentía como flotando en un ambiente nuevo, desconocido totalmente. Procedió a besar de nuevo los pechos, cuya tibieza era deliciosa. El vello le parecía caricia de hebras de seda... Todo el cuerpo de Alida se mantenía ahora en una vibración encantadora.

Y de pronto, Bruno sintió en su extremidad viril la tibieza del contacto, y supo lo que ella quería, supo adonde le había conducido por fin con su bellísima mano. Alzó el rostro para mirar el de la alienígena, y le pareció el más bello del mundo, así que dejó de acariciar sus pechos, tomó aquel rostro entre sus manos, y besó la boca, introduciendo la lengua. Encontró la de ella, deliciosamente grande, enorme, dulcísima.

Otra vez vibró Alida. Y otra vez. Y otra. Y otra... No se oía nada.

Allá arriba, por encima del planeta Tierra, por encima de sus satélites de tecnología bélica, el silencio era total dentro de la minúscula nave, un diminutísimo punto en el infinitísimo espacio. Un silencio hecho de placer y amor. De vida silenciosa que

transcurre en una dicha sin fin.

Alida se fue dejando caer lentamente, recibiendo al terrestre con suavidad. Las sensaciones de Bruno Rossi eran tibias y dulces. Milímetro a milímetro iba sintiendo la unión, que finalmente se completó, llegó a su límite. No había succión allí, sólo un contacto íntimo de una intensidad ahora ardiente y delicada a la vez. Alida separó su boca, y dejó caer su cabeza sobre un hombro de Bruno, que la abrazó tiernamente. Y de pronto, el placer subió en intensidad, hasta un grado increíble, mientras Alida, siempre en silencio, se estremecía una y otra vez, lanzando cada vez oleadas de placer intensísimo hacia Bruno Rossi. Otra vez subió de tono el placer. Parecía... que llegaría a ser insoportable, pero no era así, porque de nuevo subió. La mente de Bruno quedó como sumergida en un estadio de felicidad total.

Y de pronto, sintió en su interior como una caricia íntima superior a todas, y supo que aquel volcán que había estado entrando silenciosamente en actividad iba a estallar dentro de él.

Finalmente, todo estalló para ambos como en una explosión de colores de los más bellos que pudieran hallarse en todo el universo.

—Alida —dijo poco después Bruno, mirándola a los ojos, todavía unidos en dulce intimidad—, ¡eres muy hermosa!

—Lo sé —dijo ella—. Pero si tú me estás viendo así, si ves mi belleza que ven en Kikwtz, no es porque yo sea hermosa, sino porque has conocido la bondamor.

—¿La qué? —sonrió Bruno.

—He hecho una traducción de una expresión de Kikwtz que define una mezcla de bondad y de amor. Nosotros decimos *stzw*. Para ti, he arreglado esa expresión con parte de vuestras palabras bondad y amor: bondamor.

—He conocido la bondamor —rió Bruno—. ¡Me gusta la bondamor! Pero de un modo u otro, ¡eres hermosa, Alida!

—Tú también —dijo ella—. En Kikwtz serías un ser horroroso, pero a mí me pareces muy hermoso, Bruno.

—Muy bien —volvió a reír él—: ¡los dos somos hermosos! Y ya que conocemos la bondamor, Alida..., ¿quieres que de nuevo disfrutemos de ella?

Apenas dijo esto Bruno, los pezones de Alida comenzaron a adquirir de nuevo el tono anaranjado. Y su dulce contacto no

interrumpido en ningún momento adquirió de nuevo la máxima dulzura, mientras la boca de rana de Ssatkw de Kikwtz, se acercaba a la boca de hombre de Bruno de la Tierra, pidiendo un beso... de bondamor.

CAPITULO VII

—Te amo tanto, Gretel... ¡Tanto, vida mía!

—Yo también te amo a ti, Giulio —sonrió Gretel Katz, la bellísima alemana—. ¡Sabes muy bien cuánto te amo!

Se produjo otro abrazo, otra explosión de placer en el cuerpo de Giulio de Santi. ¡Ah, qué dicha estaba experimentando...! No la cambiaría por nada del mundo. Se quedaría para siempre con Gretel. ¡Para siempre, aunque viviese mil años!

En su dicha, abrazado a aquel cuerpo bellísimo y ' mórbido que acogía con tanta complacencia al suyo, Giulio de Santi estuvo a punto de soltar la carcajada. ¡Cómo los había engañado...! Es más, los había vencido. Había engañado a Bruno y vencido a aquel ser horrendo mitad rana y mitad chimpancé. En ningún momento, mientras estuvo con ellos, dejó de pensar en Gretel. En su Gretel, que había quedado muerta en el chalé. ¡Pero él la había revivido...! ¿Con quién creían que estaban tratando? ¡El era Giulio de Santi, premio Nobel, genio de la ultragenética! Además, ¡había sido tan fácil después de escuchar las explicaciones de Bruno! Todo lo que había tenido que hacer al regresar al chalé había sido conectar un hilo de la corriente eléctrica a las sienes de Gretel, un polo a cada sien. Durante casi tres minutos, temió que no fuese a conseguir nada, pero de pronto, Gretel había abierto los ojos, y en seguida le había mirado dulcemente.

—Giulio...

¡Oh, cómo se habían abrazado!

Y seguían abrazándose. Seguían dándose amor vez iras vez, de aquel modo tan maravilloso que nunca le agotaba. No le importaba cómo sucedía esto, no le importaba nada. Sólo Gretel..., que bajo él, sobre la piel de tigre, se estremecía en otro orgasmo delicioso que lo

arrastró a él.

Luego se miraron a los ojos. ¡Qué dulce belleza había en los ojos de Gretel! ¡Cuánto amor! Para Giulio de Santi, contemplar aquel rostro era sentirse, en un estado de felicidad absoluta. No podía imaginar nada más bello en el mundo que el rostro de su amada Gretel, nada más placentero que abrazar su tibio cuerpo mórbido, y sentir sus goces en conexión con los suyos propios. ¡Ah, qué vida de dicha sin fin les aguardaba a ambos, siempre juntos..., siempre amándose!

Giulio de Santi estaba ofuscado, pero no tanto, tras el último placer, que no oyese el rumor del motor de un vehículo. Quiso ponerse en pie, pero no pudo ni moverse. La succión estaba en toda su potencia, los besos interiores se producían de nuevo...

—Gretel —jadeó—. ¡Tenemos que separarnos, alguien viene! ¡No quiero que te vean y vuelvan a lastimarte!

La succión terminó en el acto. Se pusieron los dos en pie rápidamente, y Giulio señaló hacia fuera de la sala de estar. Salieron a toda prisa, y De Santi se dirigió hacia la puerta, jadeando:

—¡Escóndete donde te dije!

Cuando llegó ante la puerta ya no se oía el rumor del automóvil. Reparó en que estaba desnudo, y regresó corriendo torpemente a la sala. Se puso el batín..., y oyó abrirse la puerta, percibió el leve cambio de atmósfera dentro del chalé. ¡Otra vez estaban allí los malditos, otra vez habían entrado por sus propios medios, sin llamar! Seguramente, aquel bicho del espacio disponía de algún sistema para franquear cualquier obstáculo que...

Oía sus pisadas.

Se sentó en un sillón, y tomó un periódico. Pero no era tan tonto como para simular que no había oído nada, así que preguntó, con tono tenso:

—¿Quién hay ahí? ¿Alguien ha...?

—Somos nosotros, profesor —apareció Bruno, acompañado del grotesco ser de las estrellas que se había atrevido a denominarse Alida—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Qué hago aquí? —se sorprendió De Santi—. Nada especial.

—Estaba convencido de que le encontraría a usted en el laboratorio, estudiando el robot de Gretel Katz. Pero allí no sabían

nada de usted, de modo que pensé que quizá había vuelto aquí. Mi coche estaba todavía cerca de aquí, y lo he traído... ¿Está solo?

—Naturalmente.

Sobrevino un breve silencio, hasta que Alida preguntó:

—¿Dónde está el robot Gretel Katz?

—Ah, lo enterré ahí fuera. ¿Por qué? ¿Acaso debíamos conservarlo?

—Me sorprende que no haya decidido estudiarlo —dijo Bruno—. Pero no tenemos tiempo para eso ahora, profesor. Necesito de nuevo su ayuda, su consejo..., y quizá su colaboración directa, que es lo que seguramente daría mejores resultados.

—¿A qué te refieres?

—Estuvimos en Miami, intentando ver a Alexander des Moines, pero las cosas se complicaron —Bruno se dejó caer en un sillón—. No parece que pueda resultarme fácil llegar hasta Des Moines. Y he pensado que quizá usted lo conseguiría.

—¿Yo? —se pasmó De Santi.

—Yo no soy nadie —dijo Bruno—. En cambio, usted es un premio Nobel. Es más que posible que Des Moines reciba un premio Nobel. Y una vez estuviese usted ante él...

—Un momento, un momento —alzó las manos De Santi—. ¡No tengo la menor intención de ir a ver a ese sujeto, Bruno!

—Pero todavía no le he explicado mi plan, profesor. Verá usted, la idea consiste...

—¡No me interesan esos planes, ni ninguno! ¡No pienso ir a parte alguna! Yo... he estado reflexionando, y he llegado a tomar la decisión de retirarme completamente de toda actividad, Bruno. Quiero que en lo sucesivo, tú dirijas el laboratorio, te encargues de todo. Lo arreglaré todo para que seas mi heredero en todos los órdenes, y podrás seguir estudiando como jefe absoluto del equipo. Todo es para ti, muchacho. Yo sólo necesito este chalé, y algo de dinero... Quiero descansar, eso es todo. Y me ocuparé cuanto antes de dejarlo todo arreglado en ese sentido.

Bruno Rossi, que al principio había querido interrumpir a su maestro, había optado finalmente por escucharlo en silencio, con suma atención. ¿Dejarlo todo? ¡Pero si lo único que tenía interés en la vida para Giulio de Santi era la Ciencia! Aunque estuviese en su lecho de muerte todavía estaría dando instrucciones respecto a tal o

cual experimento.

—¿Qué pasa? —gruñó De Santi—. ¿No estás de acuerdo?

—¿Cómo no habría de estarlo? —murmuró Bruno—. Su generosidad conmigo no admite réplica alguna, profesor. Si eso es lo que usted desea, así lo haremos. Sin embargo, antes de llegar a esa situación, debemos atender otra. Si Alexander des Moines decide avisar ya a...

—¡Bruno, no iré a parte alguna! ¡No cuentes conmigo para nada relacionado con eso!

—Parece que usted ha olvidado que no sólo la Tierra, sino toda la Vía Láctea puede convertirse en una... base bélica más de las que están poblando todo el universo debido a las actividades de los seres de Dktwz, profesor.

—No olvido nada... ¡Pero no me moveré de aquí! He terminado con el mundo, no quiero saber nada... ¡Nada!

—Vámonos, Bruno —dijo Alida—. Creo que no debes insistir. Nos las arreglaremos sin la ayuda del profesor.

—Un momento —refunfuñó Bruno—. Si él recapacitara...

—Por favor, Bruno, vámonos —dijo suavemente Alida.

Bruno miró los verdes ojos. Luego asintió, se puso en pie, y tendió la mano a su maestro.

—Hasta la vista, profesor. Y no se preocupe por nada: nos las arreglaremos sin usted, como bien ha dicho Alida.

Giulio de Santi asintió, sin pronunciar palabra. Bruno y Alida salieron del chalé, cerrando el primero la puerta. Afuera, la noche ligeramente fresca...

—No ha enterrado al robot Gretel Katz —dijo Alida apenas salieron del chalé—. Lo tiene con él, y seguro que lo ha vuelto a poner en funcionamiento.

—Ya se me ha ocurrido —gruñó Bruno—. ¿Ha podido hacerlo?

—Sí. No es ningún ignorante, Bruno, a poco que haya pensado habrá utilizado la energía eléctrica, y los circuitos de la robot se han regenerado. Puede mantenerla en funcionamiento durante mucho tiempo, renovando sus energías periódicamente.

—Es absurdo esto... ¡Ese pobre hombre está dispuesto a dejarlo todo por un robot!

—Para él no es un robot. Recibe amor de ella... El amor que él conoce, al menos. Lo mismo que le sucede al profesor debe estar

sucediendo en estos momentos a todos los grandes hombres del planeta Tierra…, lo que significa que los planes de los seres de Dktwz están dando resultado, y muy avanzados. Todos los terrestres seleccionados para ser anulados deben estar ahora gozando del amor llegado de las estrellas, olvidándolo todo, rechazando todo lo que no sea ese amor. ¿Comprendes lo que eso significa?

—Creo que sí. Alexander des Moines debe estar recibiendo información en ese sentido, y en cuanto se convenza plenamente de la relajación de los dirigentes terrestres, avisará a la nave madre de los seres de Dktwz. Pero la nave no vendrá sola, como podría hacer en un viaje de contacto o de exploración, sino que, ya, la invasión será total…, a menos que vosotros podáis impedirla.

—Intentaríamos ayudaros —dijo Alida—; pero mientras la nave madre de ellos siga funcionando, tendrán todas las de ganar. Y no me refiero ahora al control sobre el millón de robots que han colocado en la Tierra y que desde la computadora de esa nave mantienen en funcionamiento enviando las ondas adecuadas… Me refiero a su poderío bélico. Nosotros les plantamos cara en el espacio, pero sólo en pequeñas escaramuzas… Lo que vosotros llamáis guerrillas. Pero en una confrontación total siempre tendríamos las de perder si la nave madre de ellos sigue funcionando.

—¿Y si la nave madre deja de funcionar? ¿Se conseguiría algo realmente positivo…? ¡Espera un momento! —casi gritó Bruno, irguiéndose vivamente, relucientes los ojos—. ¡Se me acaba de ocurrir un sistema facilísimo para hacer contacto con Alexander des Moines! ¿Puedes emitir señales de radio de las que utilizamos en la Tierra, desde tu nave? —Naturalmente.

—¡Debió ocurrírseme antes! ¡Vamos adonde dejaste tu nave! Tenemos que partir ahora mismo hacia Miami, y por el camino me explicas qué pasaría si la nave madre dejase de funcionar.

—Pocas cosas podré explicarte en siete segundos.

—Es verdad —sonrió Bruno—. Bueno, nos entretendremos un poco allá arriba, charlando. Veamos, en Italia son las nueve y media de la noche, de modo que en Miami deben ser… las tres y media de la tarde, así que es demasiado pronto para ir allá en seguida. Quiero ir de noche.

—Entonces, tenemos mucho tiempo por delante —murmuró

Alida.

—Sí —sonrió Bruno—; tenemos mucho tiempo por delante hasta ir a hacerle la visita al señor Alexander des Moines....

* * *

Alexander des Moines era un hombre demasiado listo para caer en la trampa..., sobre todo, conociendo de antemano en qué consistía la trampa. Le volvían loco las mujeres, y tenía toda la quinta prácticamente abarrotada de muchachas, por supuesto todas ellas jóvenes y bellísimas. Las había por todas partes y todas desnudas. El verano en Los Everglades se deja sentir con pesadez.

En realidad, todo el servicio interior de la quinta estaba compuesto por personal femenino Había hombres en las vías de acceso a la hermosa mansión invisiblemente fortificada, pero dentro todo eran chicas espléndidas. Si el señor Des Moines quería encender un cigarrillo, allá estaba una de sus chicas con el encendedor a punto; si quería comer algo, tres jovencitas encantadoras le servían lo que le apeteciera; si quería bañarse, cuatro bellísimas criaturas le acompañaban al baño, y lo ungían y perfumaban entre lascivas caricias que a él le encantaban; si quería dormir, todas las dóciles criaturas permanecían en el más absoluto silencio; si quería bailar, podía elegir las más sugestivas danzarinas; y por supuesto, si entre las muchas cosas que el señor Des Moines quería, deseaba hacer el amor en cualquier momento, no tema más que hacer una seña, y una pléyade de preciosas muchachas se ponían a su disposición para ofrecerle cada una la... especialidad que desease.

El señor Des Moines, en definitiva, era un sátiro redomado. Y un sibarita en todo. Todo cuanto podía comprar el dinero estaba a su alcance, a su disposición. O casi todo. Le faltaba el Gran Poder, como él llamaba a sus ansias nunca satisfechas. Pero ¡ah!, el Gran Poder estaba ya muy cerca, muy, muy cerca.

Mientras tanto, el señor Des Moines atendía durante una hora al día sus negocios que le permitían llevar aquella vida suntuosa y con un futuro esplendoroso. En una hora, utilizando el teléfono, el télex o la radio, el señor Des Moines solucionaba sus multimillonarios asuntos. El resto de cada uno de sus magníficos días, el señor Des Moines lo dedicaba a la única actividad que valía la pena realmente: disfrutar de la vida. Como fuese y a costa de lo que

fuese. Era un hombre alto, fuerte, rebosante de salud y de energías físicas a sus cuarenta años. Y, como se decía antes, demasiado listo para caer en la trampa, de modo que sus jovencitas las escogía él, o, mejor dicho, se las enviaban sus hombres de confianza en todo el mundo. Tenía muchachitas de todas las razas, que, por mil dólares diarios, se ponían a su servicio para todo cuanto él pudiese mandar hasta que decidiese cambiarlas. Nunca le faltaban hermosísimas jóvenes, de lo más variado: negras, asiáticas, blancas, árabes… Pero eso sí: el señor Des Moines, antes de relacionarse sexualmente con ninguna de ellas se aseguraba muy bien de que no era una de las amorosas robotitas del amor, llegadas de las estrellas, sino una chica del planeta Tierra. ¿Cómo se convencía de esto el señor Des Moines?

Es bochornoso hasta explicarlo, pero las cosas son como son, y las vaguedades o silenciamientos hipócritas no las varían. Todo es lo que es, y así hay que decirlo. El señor Des Moines se convencía de que las jovencitas eran seres terrestres utilizando un falo de su invención que sus técnicos le habían fabricado en una de sus factorías. Un falo elástico y delgado, en perfecta forma de pene aunque de reducido tamaño, que introducía en la vagina de la muchacha a examinar. En el extremo que quedaba fuera había un dispositivo diminuto con una luz roja, y esta luz se encendía y se apagaba en veloz intermitencia si en el interior de la muchacha se producían aquellas caricias y besos insólitos. Si esto no ocurría, el señor Des Moines dejaba a un lado el humillante artefacto, y se lanzaba al goce. Gozaba todo lo que podía…, pero siempre conservando el control de sí mismo.

Esto era lo importante.

Control de sí mismo en todo momento. Luego…, ¡el Gran Poder!

El señor Des Moines había cenado aquella noche, tan espléndidamente como siempre, y luego había pasado a lo que él llamaba El Salón de las Delicias, donde invitaba a sus chicas a beber champaña con afrodisíaco, para ponerlas en órbita mientras él se regalaba con un sensacional coñac, ojeándolas, eligiendo a la primera que habría de proporcionarle placer aquella noche.

Y ya tenía el señor Des Moines elegida a una espléndida negra de pechos increíbles, casi marmóreos, cuando en toda la quinta comenzó a sonar la señal de alarma: du-du-du-du-du-du-du…

El señor Des Moines hizo un gesto de fastidio.

¿Quién sería el estúpido que estaba perdiendo su tiempo intentando llegar hasta él salvando el denso cordón de vigilancia? Sí, tenía que ser un estúpido, y más valía no hacer caso y pedirle a la negrita que comenzase a hacerle caricias con su excitante boca rosada. Es más: sancionaría a los vigilantes por haber dado la alarma por una tontería que...

Desde el exterior llegaron disparos de rifle. De los rifles especiales que constituían la dotación de los hombres de Alexander des Moines. Se oyeron también gritos. Disparos de pistolas. Más disparos de rifles, en realidad toda una descarga. Hasta el señor Des Moines llegó la sorprendente y, ya, alarmante orden de su jefe de personal de vigilancia:

—¡Los morteros y ametralladoras! —gritaba el hombre—. ¡Dunn, Leslie, Edgar, Percy, id a por los lanzallamas...!

Des Moines quedó estupefacto. ¿Los morteros, ametralladoras, lanzallamas...? ¿Qué ocurría? ¿Los atacaba el ejército de Estados Unidos de América?

Oyó los pasos dentro de la casa, y en seguida, Carpenter, el jefe de la vigilancia, apareció ante él, lívido, demudado el rostro.

—¡Señor! —aulló jadeante—. ¡Venga a ver eso, pronto!

—Pero ¿qué demonios...?

—¡Venga a verlo!

Des Moines corrió en pos de Carpenter, y salió de la casa. Carpenter aullaba la orden de alto el fuego, y esto salvó a varios de sus hombres de recibir los plomos que ellos mismos disparaban, como había sucedido ya con tres, al rebotar las balas en aquel... objeto.

Un objeto que parecía un automóvil aerodinámico, pero sin ruedas.

—¡Vino por arriba! —explicó excitadísimo Carpenter—. Lo vimos aparecer de pronto, como descolgándose lentamente... ¡Primero pensamos que era... un globo o algo así, pero es de acero, o yo qué sé qué demonios! Ni siquiera lo habíamos oído, apareció de pronto. ¡Le juro que no entiendo cómo pudo llegar aquí, señor!

Des Moines no contestó. El sí tenía una idea de lo que podía ser aquel objeto. ¿Enviaban a alguien para comunicarse con él, para exponer su impaciencia por su falta de noticias finales...?

Oyó el rebufar de un mortero. El proyectil impactó de lleno en el objeto, el jardín se iluminó en rojo...; pero el objeto ni siquiera fue movido, no sufrió desperfecto alguno. Los lanzallamas entraron en acción, rodeando, envolviendo el vehículo, y las ametralladoras crepitaron con su rítmico fuego que convergía en el vehículo, el cual desaparecía envuelto en las llamas.

—¡Alto! —acertó por fin a ordenar Des Moines—. ¡Malditos seáis todos, alto el fuego! ¡ALTO!

Consiguió hacerse oír, finalmente, y fue en el acto obedecido, aunque con no poca sorpresa. Tras el fragor de los disparos y el rugir del fuego y los estampidos de las granadas de morteros, el silencio sobrevino como algo insólito, desconcertante.

Alexander des Moines estaba entre furioso y aterrado. Si sus visitantes decidían tomar represalias sabía que no habría vigilancia alguna que pudiera protegerlo..., porque pese a todo el intenso ataque sufrido, el vehículo continuaba allí como si tal cosa, nada le había sucedido. Bien, si como suponía eran los emisarios de

Dktwz que venían de nuevo a conferenciar con él, podría explicarles que todo había sido debido a una torpeza de sus hombres, simplemente...

—¡Señor Des Moines, señor Des Moines...!

Este se volvió vivamente hacia el interior de la casa, de donde llegaba una de las chicas encargadas de las comunicaciones. Una preciosa morena cuyos pechos, como de alabastro, brincaban sugestivamente debido a la velocidad de la marcha.

—¿Qué demonios ocurre ahora? —masculló Des Moines.

La muchacha llegó, se detuvo jadeante, y se quedó mirando con expresión de sobresalto el vehículo instalado en el calcinado jardín.

—Se..., señor Des Moines, he recibido un... mensaje por radio en el que se me indica... que los ocupantes de esa nave desean hablar directamente con usted, y solicitan... ser recibidos en paz... Dicen que si no es así, ellos también utilizarán su..., su armamento.

Hubo una reacción de temor en los hombres que componían la vigilancia de la quinta. ¿Qué clase de armamento podían tener unos seres que llegaban en un vehículo que, pese a su pequeñez, era inexpugnable?

—Diles —murmuró Des Moines— que estoy dispuesto a recibirlos en paz y conversar con ellos. ¡Date prisa!

La muchacha dio media vuelta, y regresó corriendo hacia donde estaba instalada la radio, ofreciendo a todos el bello espectáculo de sus preciosas nalgas redondas y saltarinas.

En pocos segundos, comunicaría el mensaje de Des Moines a sus visitantes.

CAPITULO VIII

Parte de la cubierta del vehículo se alzó, dejando ver un leve resplandor verde del interior. Todas las armas quedaron apuntadas hacia allí, todos los ojos dirigieron la mirada hacia el hueco de resplandor verdoso, por donde, de un momento a otro, debería aparecer algún extraordinario ser.

Apareció un hombre.

Un hombre normal y corriente, que saltó con agilidad al abrasado suelo del jardín. Un hombre vestido con un traje normal, y de un metro ochenta escaso. Un hombre de facciones angulosas, frente despejada, cabellos castaños tirando a rubios... Pero en seguida, tras el hombre, saltó a tierra aquel otro ser, y todo el personal del servicio de vigilancia de la quinta retrocedió, sin dejar de apuntar sus armas en aquella dirección. Las chicas de Alexander des Moines debían estar fisgando desde alguna parte, porque se oyeron sus exclamaciones, sus grititos de sobresalto cuando apareció aquel ser mitad chimpancé y mitad rana, que cuando el hombre comenzó a caminar hacia Des Moines se tomó de su mano, acompañándole con su bamboleante caminar.

—¡Quietos! —pudo jadear por fin Carpenter—. ¡No den un paso más o vamos a...!

—¡Cállate! —ordenó Des Moines, e hizo señas con una mano a los visitantes—. Acérquense, no teman, yo también deseo hablar con ustedes..., si me están entendiendo.

—Le entiendo perfectamente, señor Des Moines —dijo el hombre—. ¿Podemos reunimos en algún lugar donde estemos solos?

—Vengan por aquí. Iremos a mi despacho privado. Carpenter, que quede de nuevo establecida la vigilancia, y que no se acerque nadie. Todo como si la situación fuese normal.

—Pero, señor, ¿ha visto usted... ese..., esa cosa que...?

—Haced lo que he dicho. ¡Y que no se me moleste por ningún motivo! ¿Está bien claro esto, Carpenter?

—Sí... Sí, señor.

Des Moines hizo un nuevo gesto a sus invitados, y éstos se acercaron y entraron en la casa. De reojo, Des Moines miraba a Alida. El no se había sobresaltado tanto como su personal, pues ya había tenido experiencias con extraterrestres, aunque no eran como el que ahora le visitaba acompañado de un hombre... ¿Un hombre? ¿O un robot del amor?

Entraron en su despacho, situado a un lado del amplísimo vestíbulo, y Des Moines cerró la puerta. Señaló un lado del despacho, donde había un sofá y varios sillones, y se sentaron los tres. La figura del extraño ser, sentado en el sillón, como si estuviese colocado en un nido, estremeció ligeramente a Des Moines, pero se dijo que tenía que acostumbrarse a relacionarse con seres no terrestres.

—Muy bien —murmuró—; podemos hablar tranquilamente. ¿Traen algún mensaje de la nave madre?

—No. Nosotros, señor Des Moines, somos inicialmente enemigos de usted —dijo el hombre.

Alexander palideció. ¿Se había encerrado en su despacho con seres enemigos? ¡Qué estúpido había sido!

—¿Qué quiere decir? —procuró serenarse.

—Quizá mi nombre le diga algo, señor Des Moines. Casi estoy seguro de que será así, ya que desde Miami debieron enviarle información sobre mi persona, y sobre lo ocurrido anoche en cierta playa próxima a Miami... Soy Bruno Rossi.

La mirada de Des Moines, expresando cada vez más alarma, fue de Bruno a Alida y viceversa varias veces, vivamente, y por fin se quedó mirando fijamente a Bruno; se pasó la lengua por los labios.

—Sí —admitió—; tuve noticias de que mató usted a cuatro de mis empleados, señor Rossi.

—No los maté yo, sino ella —señaló Bruno a Alida—. Y tampoco puede decirse propiamente que los matara; digamos, pues, que anuló sus circuitos, de modo que los robots dejaron de recibir la energía que la nave madre envía en masa a su millón de robots del amor. Como ve, señor Des Moines, sé de qué va todo el asunto..., y

hasta diría que mejor que usted.

—¿Ah, sí? —gruñó Des Moines, inquieto.

—Sí. Ella se llama Ssatkw —señaló de nuevo a la alienígena—, pero podemos llamarla Alida, para simplificar. Procede de la estrella Kikwtz, es decir, de los enemigos más antiguos de la estrella Dktwz en su afán por conquistar todo el universo... Bueno, usted ya sabe todo esto, ¿no es cierto, Des Moines?

—Sí.

—Nosotros sabemos que usted tiene la oferta de convertirse en algo así como dueño y señor del planeta Tierra a cambio de ayudar a los de Dktwz en sus propósitos de controlarlo pasando a disponer del armamento secreto actual. De este modo, los seres de Dktwz pasarían acto seguido a dominar toda la Vía Láctea, eliminando las formas de vida que no les agradasen y estableciendo en toda la galaxia una base bélica más de las que ya tienen distribuidas en el universo, con el fin de dominarlo en toda la amplitud... que ellos puedan conocer. Como premio a su ayuda, los de Dktwz le ofrecieron la Tierra. Pues bien, Des Moines: nosotros le ofrecemos toda la Vía Láctea.

Alexander des Moines tardó tres o cuatro segundos en comprender la magnitud de la oferta.

—¿Qué? —exclamó.

—Esta es nuestra oferta: toda la Vía Láctea para usted, y cien de nuestras naves espaciales de largos recorridos para que pueda visitarla y controlarla a su gusto. Si usted reflexiona en las riquezas de todas clases que puede encontrar en la galaxia, y en las formas de vida que tendrá a su disposición, reconocerá que nuestra oferta supera a la de Dktwz... muy largamente. Por otra parte, nosotros sabemos muy bien que los de Dktwz nunca cumplirían la oferta que le han hecho. Nuestro servicio secreto de información espacial nos ha advertido de eso, y en eso nos hemos basado para venir a hacerle nuestra superior oferta.

—¿Por qué supone usted que los de Dktwz no cumplirían su promesa conmigo? —murmuró Des Moines.

—Sabemos que tienen ya fabricados diez robots con la imagen de usted. En cuanto les haya servido será eliminado, y sustituido por el primero de esos robots, que ocuparía su puesto en esta casa y luego en todas partes. No sé si lo entiende usted, Des Moines: lo

están utilizando, luego lo matarán, y colocarán un robot en su lugar... ¿Realmente esperaba que le permitieran gobernar el planeta Tierra... cuando ellos pueden hacerlo a su gusto utilizando uno de sus robots absolutamente fieles y eficaces?

Alexander había palidecido ahora intensamente, y su mirada un tanto desorbitada permanecía fija en Bruno.

—¿Quién es usted? —jadeó—. *¿Qué* es usted?

—Soy un terrestre, como usted. Con seguridad ha oído usted hablar del profesor Giulio de Santi.

—Desde luego.

—Soy su primer ayudante, su amigo, su protegido incluso. El profesor De Santi y yo hemos recibido la oferta por parte de los seres de Kikwtz —señaló de nuevo a Alida— de recibir información respecto a las muchas clases de vida que hay en la Vía Láctea, y los medios para viajar hasta ellas. Todo ello, a cambio de convencerlo a usted de que se pase a nuestro lado, dejando en sus manos el control de la Vía Láctea, bien entendido que el equipo del profesor De Santi y yo tendremos siempre entera libertad para viajar por ella y estudiar allá donde nos interese. Nosotros no queremos poder, señor Des Moines; sólo avanzar en nuestros estudios científicos..., lo cual no sería posible si los de la estrella Dktwz se apoderaran de todo tras eliminarlo a usted. ¿Le parecen claras nuestras razones?

—Sí... ¿Y las de ella? —señaló a Alida—. Las de los suyos, quiero decir.

—Quieren eliminar a los de Dktwz de una vez por todas, pues representan una amenaza contra ellos. Una vez vencidos los seres de Wktwz, los de Kikwtz volverían a su lugar en el universo para siempre, jamás volverían por aquí. Tiene que entenderlo, Des Moines, nos están ofreciendo la Vía Láctea, de la que usted sería el regidor total. ¿Lo entiende o no?

Des Moines asintió. ¡Claro que lo entendía! Sacó el pañuelo del bolsillo superior del elegante batín, y se lo pasó por la frente perlada de sudor. Los últimos informes enviados por su servicio privado de información mundial indicaban que los grandes personajes del planeta Tierra habían claudicado casi en su totalidad a los encantos del amor enviado desde las estrellas. Tan sólo veinticuatro horas más, y habría enviado el mensaje en ese sentido a la nave madre de Dktwz, que aguardaba en alguna parte del

espacio exterior. La Tierra habría sido invadida, y, falta de dirección, completamente desorganizadas todas sus defensas de toda clase, habría sido dominada en el acto por los seres de Dktwz, sin riesgo alguno. Veinticuatro horas más tarde, él habría sido dueño del Gran Poder. Pero...

¿Y si era cierto lo que decía Bruno Rossi? En realidad, ¿para qué lo necesitaban a él los de Dktwz? *No* para gobernar, ciertamente. En cambio, les habría sido útil para saber dónde escondía el planeta Tierra sus armas secretas, y apoderarse de ellas... ¡Cielos! ¡Qué ingenuo había sido!

—Todavía hay algo que no entiendo —dijo de pronto, mirando fijamente a Bruno—, ¿por qué molestarse en buscar mi ayuda si podían eliminarme y colocar un robot en mi lugar? ¿Por qué molestarse en enviar robots del amor si podían sustituir a los genios y gobernantes de la Tierra también por robots, y engañar a todos los demás terrestres?

—No —negó firmemente Bruno—. Demasiado trabajo, pues esos miles de robots tendrían que convencer a humanos con los que conviven, así que deberían fabricarlos de modo especial, como han hecho con los diez robots fiel reflejo de usted. Les ha costado mucho trabajo programar esos robots con las características mentales de usted. ¿Se imagina el esfuerzo de programar miles de robots, cada uno diferente, tras estudiar por ejemplo al presidente de Estados Unidos, al profesor De Santi, al Papa Wojtyla, a la reina de Inglaterra...? No, no, no... Era mucho más fácil anular la voluntad de todos por simples robots fabricados sólo para proporcionar goce, sin características especiales. Y en cuanto a usted, le necesitaban para que les informe sobre el modo de acceder a los silos de nuestro armamento secreto, y sobre el modo de anularlo sin riesgo para ellos. ¿Alguna explicación más, Des Moines?

—No —jadeó éste—. ¡Malditos sean! ¿Qué podemos hacer?

—La cuestión es muy simple. Cite usted a la nave madre de Dktwz en cierto lugar del espacio que yo le indicaré, por medio de señales de radio. Sólo señales indicando que precisa su acercamiento para el definitivo informe oral... ¿Sospecharían algo?

—No. Precisamente está previsto así. Es más: tengo las coordenadas estelares donde la nave madre está esperando mis

señales.

—¡Las tiene! —exclamó Bruno—. ¡Des Moines, tiene que facilitarnos inmediatamente esas coordenadas! ¡Y luego no haga usted nada más, absolutamente nada más! Se quedará aquí, haciendo su vida habitual, esperando mis siguientes noticias... ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero, Rossi, no lo olvide. Quiero ser el Gran Poder de la Vía Láctea.

—Todo para usted —sonrió Bruno—. ¿Cuáles son esas coordenadas?

Dos minutos más tarde, el pequeño vehículo de Alida despegaba de la Tierra. En un instante, Des Moines y sus hombres dejaron de verlo. Había estado allí, en el jardín, y de pronto desapareció, como un destello, hacia las estrellas, perdiéndose entre ellas...

* * *

La gigantesca nave se acercó. De nuevo tuvo Bruno la sensación de que abría la boca para engullir la nave de misión de Alida, y de nuevo perdió el conocimiento.

Cuando lo recuperó, y nada más abrir los ojos, vio ante él una enorme pantalla vítrea en la que aparecía solamente el firmamento. Pero no el firmamento del exterior de la gran nave, sino el de alguna otra parte del universo. Tenía ante él la más grandiosa pantalla de proyección que hubiera podido imaginar...

—¿Te encuentras bien?

Volvió la cabeza hacia su derecha, y sonrió a Alida, que señaló a su alrededor. Docenas de seres como ella iban de un lado a otro por la amplísima sala de controles. En un gigantesco panel se recibían continuamente señales eléctricas y acústicas. El rumor crepitante de las voces de los seres de Kikwtz le pareció a Bruno como el rugir de un incendio. La actividad era febril.

Alida señaló hacia la pantalla, cómodamente instalada en su asiento contiguo al de Bruno, rodeados ambos de otros seres como ella que también miraban la pantalla.

—Algunas de nuestras naves de exploración espacial están ya enviándonos información visual del lugar indicado por Des Moines —explicó Alida—. Mientras tanto, absolutamente todas nuestras naves de combate esparcidas por la Vía Láctea y galaxias cercanas se están acercando a ese punto. Calculamos que la nave madre de

Dktwz debe tener una escolta mínima de cincuenta naves de combate, pero si conseguimos sorprenderles, si no les damos tiempo de pedir ayuda, podremos vencerlos en cuestión de segundos. Lo que es tanto como decir que toda amenaza sobre la Tierra, sobre la Vía Láctea, y, en fin, sobre todos los sistemas de vida del universo, habrá terminado… de una vez por todas.

—¿Y Des Moines? —preguntó Bruno.

—Tú le prometiste la Vía Láctea, ¿no es cierto?

—Sí. Y cien de vuestras naves.

—Respecto a nuestras naves, no pensamos ponerlas a disposición de un hombre como él, ni de ningún otro del planeta Tierra, de modo que podrás decirle al señor Des Moines que los seres de Kikwtz incumplimos nuestra promesa al respecto, y que se enfade cuanto quiera. En cuanto a tu promesa de la Vía Láctea, no te cuesta nada cumplirla. Le dices que es suya.

—¿Que es suya? —exclamó Bruno—. ¿De qué le va a servir la Vía Láctea sin naves para recorrerla?

—Pues no sé. Pero no nos cuesta nada regalársela.

Bruno Rossi quedó un instante estupefacto. Luego rompió a reír como nunca en su vida, atrayendo sobre sí, momentáneamente, la atención de todos los seres de Kikwtz allí reunidos. Pero eso no le importó en absoluto a Bruno, que siguió riendo sin poder contenerse… ¡Era la broma más fantástica jamás imaginada! ¡Y él había pensado que los seres de Kikwtz, que nunca sonreían, carecían de sentido del humor!

—¡Se la regalaré! —dijo entre risotadas—. ¡Se la regalaré, no faltaría más…! ¡Será para siempre el Gran Poder de la Vía Láctea! ¡Pero desde la cárcel, porque además lo denunciaré al gobierno de Estados Unidos!

—Eso iba a sugerirte bondamado Bruno.

Este se quedó mirando a Ssatkw de Kikwtz. Bondamado Bruno.

—Alida —murmuró—, eres el ser más hermoso del universo, y quiero decirte…

Todo sonido cesó de pronto en la grandiosa sala de controles, todas las luces fueron apagadas, y sólo quedó visible la gigantesca pantalla. El silencio fue súbito, como la oscuridad. Al mirar vivamente la pantalla, Bruno Rossi tuvo la impresión de que estaba viajando él solo, flotando, en el inmenso universo…, en el que

ahora, a una distancia que no se atrevió a calcular, divisó gran cantidad de puntos de luminosidad parecida a las estrellas, pero más grandes. Especialmente, uno de aquellos puntos luminosos, cuyo tamaño era no menos de diez veces el de los otros.

Miró sobresaltado a Alida, que captó su gesto y asintió.

—Ahí la tenemos —susurró—. Protegida por casi cien naves. Más de las que calculábamos, pero no vamos a desistir de la batalla final. No debiste venir, bondamado.

Bruno Rossi buscó en la oscuridad una de las «preciosas» manos de Alida, y la apretó suavemente.

—Estoy bien aquí —susurró a su vez.

Tan sólo siete segundos más tarde, el firmamento comenzó a llenarse de puntos luminosos que llegaban de todas partes, concentrándose en aquella zona espacial, formando un aro refulgente en torno a la nave madre de Dktwz y su escolta.

El primer disparo, el primer rectilíneo rayo rojo partió precisamente de la nave madre de Dktwz, y varios de los puntos luminosos que formaban el aro desaparecieron dejando un fulgor verde. Bruno miró de nuevo a Alida, pero, como siempre, su rostro permanecía inexpresivo según los cánones humanos: ni sonrisas ni gestos de pena, siempre la misma expresión…

Bruno Rossi regresó su atención a la pantalla, dispuesto a presenciar la más fantástica batalla que pudiera ser imaginada.

El espacio estaba ahora como encendido en luces verdes y rojas. Era como un entramado gigantesco de relámpagos verdes y rectísimas rayas rojas, como una telaraña pavorosa en la que se sucedían los fulgores que indicaban la evaporación de las naves de uno y otro bando.

Fulgores rojos significaban la desaparición de naves de Dktwz; fulgores verdes significaban la desaparición, la desintegración total de naves de Kikwtz. Unos y otros se sucedían, pero, rápidamente, comenzó a aumentar el número de fulgores rojos, mientras de todas partes seguían llegando refuerzos para las naves de Kikwtz. El firmamento era un caos de fulgores, de relámpagos, de rojos trazos destructores. Y todo, en un silencio de muerte allá, dentro de la nave en la que viajaba Bruno Rossi. Y de pronto, el gran fulgor rojo.

Fue como si todo el firmamento se incendiase súbitamente en un resplandor deslumbrante de intensidad máxima. Pero duró un

segundo. O menos.

El fulgor se apagó, y la nave madre de Dktwz se desintegró, convertida en polvo que se esparció por todo el universo.

* * *

A millones de kilómetros de allí, en aquel mismo instante, cuando Nina Rossi estaba gozando y gozando del amor sexual que le proporcionaba su incansable amante, el bello y poderoso Mario, éste se detuvo de pronto en su placentero quehacer, quedó inmóvil sobre el bello cuerpo de la excitada romana.

—Mario —jadeó Nina—. Mario, ¿qué te pasa?

Súbitamente, dejó de sentir aquel placer que tan» completamente la llenaba. Dejó de sentirse enloquecedoramente llena de hombre, dejó de sentir aquel continuo chorro masculino de calor, de vitalidad, de placer. Dejó de gozar con las vibraciones de placer de Mario, dejó de vibrar ella misma.

—Mario… ¡Mario!

Lo empujó hacia un lado, y Mario rodó sobre la cama, y quedó inmóvil, boca arriba, con los ojos abiertos, en su rostro plasmada aquella expresión de goce intenso. Nina saltó, quedando de rodillas en el lecho, junto a Mario, y puso una mano sobre su corazón.

—¡Oh, Dios mío! —gimió.

En aquel mismo instante, en todo el planeta Tierra morían tan fulminantemente como Mario un millón de seres que habían llegado portando un falso amor desde las estrellas.

ESTE ES EL FINAL

Los dos gimieron en el momento del clímax, sus cuerpos fueron sacudidos por la gran oleada de placer. Luego quedaron inmóviles unos segundos, Y por fin, Nina suspiró. Entonces, Bruno se incorporó sobre los codos, miró el rostro arrebolado de su esposa, y acto seguido la besó dulcemente en los labios… El beso se fue prolongando, prolongando, prolongando… Y con el beso se despertó de nuevo el deseo, y ambos volvieron a elevarse a las más altas cumbres del placer sexual, entre gemidos y suspiros.

Y otra vez se relajaron, y otra vez Bruno se alzó sobre los codos, y luego sobre las manos, para mirar a su esposa.

—Sólo dos —sonrió—. Lo siento, Nina, pero yo no soy Mario.

—Bueno —rió ella dulcemente—, yo tampoco soy precisamente María, ¿verdad? Ni aquella otra… ¿Cómo se llamaba…?

—Alida.

—No, no. Su nombre de verdad.

—Ssatkw de Kikwtz. La verdad es que gocé con ella más que con Marín. ¡Era algo tan… extraordinario!

Nina frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no te fuiste con ella a su estrella?

—Hay… un orden en el universo, y creo que debe ser respetado. Eso lo comprendimos perfectamente Alida y yo. De modo que ella regresó… hacia las estrellas, y yo me quedé en este pequeño lugar del universo.

—La verdad, no pareces muy contento, Bruno.

—Lo estoy —Bruno se dejó caer en la cama, junto a su esposa, y se colocó de lado, para poder mirarla y acariciarla—. Todo ha terminado bien, Nina. Incluso para nuestro pobre y amado Giulio, que, como tú y como los demás, ha… despertado de aquella…

fantasía...

—Bruno, sabes que no pude evitarlo —murmuró Nina—; no fui realmente yo quien lo hizo, fue... algo superior a mis fuerzas. ¡Nunca se me hubiera ocurrido lastimarte de aquel modo, ni engañarte!

—Pero si ya lo sé, mujer —Bruno le besó suavemente un pezón—. Ni tú ni yo tenemos que pedirnos disculpas por algo que estuvo fuera de nuestro control y que le sucedió a un millón de seres humanos. Simplemente, vamos a olvidarlo todo, y seguir con nuestras vidas y con nuestro amor...; aunque no sea tan absorbente como el de María ni tan poderoso como el de Mario..., o tan exquisitamente dulce como el de Alida. Arriémonos como terrestres normales, y eso es todo. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, Bruno. Pero siento tanto lo que pasó...

—Olvídalo —dijo Bruno Rossi, besando de nuevo los tiernos labios de Nina Rossi—. Olvídalo todo, como seguramente ya nos han olvidado a nosotros los seres de Kikwtz...

* * *

Ciento sesenta y siete días más tarde, es decir, cuando se cumplía el día terrestre número ciento setenta y cinco desde que Bruno Rossi conociera la bondamor, y cuando todavía la nave espacial se hallaba a otros tantos días de viaje hasta llegar a Kikwtz, el ser de esta estrella llamado Ssatkw dio a luz tres trillizos, que, al principio, dejaron horrorizados al personal módico de la nave espacial.

¡Eran unas criaturas horribles, horribles...! En seguida se vio que sus ojos no serían verdes, sino negros. Tenían vello en la cabeza, la boca era más pequeña que la de su madre, la bellísima Ssatkw, y, por si esto fuera poco, sus piernecitas no eran delgadas y muy largas, sino robustas. Además, emitían unos sonidos acongojantes que el médico jefe de la sala definió como «llanto terrestre». ¡Menos mal que sus cuerpecitos grotescos tenían aquella fina pelusilla verde...!

—Son muy extraños —dijo el doctor Tkzk—. ¡Muy extraños, Ssatkw!

—Sólo son un poco diferentes a nosotros y un poco diferentes a los terrestres, y un poco diferentes a los seres de otros planetas, estrellas y galaxias —dijo Ssatkw, que amamantaba orgullosamente

a sus hijos—. Pero ser diferentes a todo lo conocido no significa más que eso: ser diferentes. Ni peores ni mejores; sólo diferentes. Pero sean como sean, son vidas del universo…, ¡y las he engendrado yo!

—Quizá deberíamos… abandonarlos en el espacio, Ssatkw»

—¡No! —Ssatkw protegió con sus largos y peludos brazos a sus hijos, que mamaban plácidamente—. ¡No! ¡Son míos! Vivirán en nuestra estrella, y todos sentirán bondamor por ellos… ¡Oh, sí, amarán este fruto del amor que llega desde el planeta Tierra…!

FIN